BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

MUÑECAS MECANICAS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



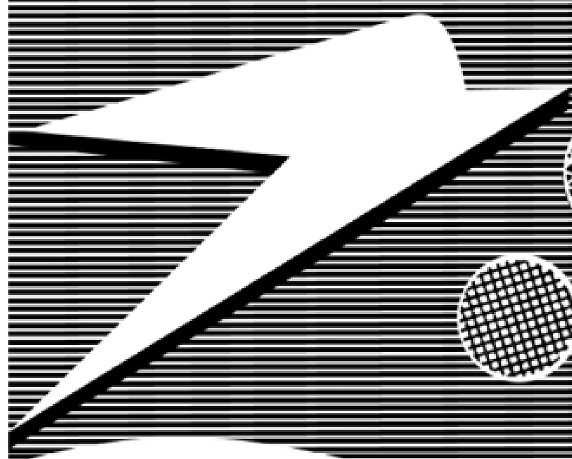
BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE
la conquista DEL ESPACIO

MUÑECAS MECANICAS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

237 — *Skylab,* Curtis Garland.

238 — *Reyes del espacio*, Clark Carrados.

239 — *Enviado de los dioses,* Curtis Garland.

240 — *Las muñecas robiónicas,* Ralph Barby.

241 — *Materia vital,* Clark Carrados.

CURTIS GARLAND

MUÑECAS MECANICAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 242

Publicación semanal

Aparece los VIERNEs



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 55.834 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1975

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. *A*.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1975

P R O L O G O

La sirena ululaba agudamente en la noche.

Miré atrás, asustado. Confieso que tenía miedo. Todo el miedo que un hombre puede sentir cuando es acosado como un animal rabioso. Presto a ser aplastado por sus perseguidores, devorado por sus mastines, en una auténtica cacería humana.

Ese era mi caso. Yo era la presa. Una presa lanzada por el bosque del mundo, a través de la jungla de frío metal, vidrio y plástico. Detrás de mí, todo el Sistema.

El Sistema...

Era sencillo mencionarlo así. Parecía que careciese de toda importancia. Que no fuese nada ni nadie. Sólo una entidad incorpórea e intangible.

Quizá eso era lo peor de él. Era algo más, mucho más que todo eso,

Era un tentáculo terrible, siniestro y larguísimo, abarcando una enorme distancia. Llegando a todas partes. Persiguiéndome, sinuoso, a través del laberinto de las desiertas calles de la gran ciudad.

La sirena se hacía larga, interminable. Se repetía de forma monocorde, hasta casi crispar los nervios aunque uno no fuese el perseguido. Pero se daba el hecho de que yo "sí" era el perseguido. Y mi estado nervioso era tenso, exaltado incluso.

Estaba huyendo. Huyendo de algo que me enloquecía aún. De una pavorosa realidad que yo nunca había imaginado, pero que estaba allí. Que era una auténtica y tremenda realidad. Sabía adonde huir, dónde esconderme. Pero no sabía cómo llegar allí, en qué forma burlar a mis perseguidores, aún invisibles, pero sin duda cercanos, situados muy cerca de mí. Mucho más cerca de lo que hacía suponer aquel silencio, aquel vacío, aquella tremenda soledad que, en torno mío, convertía la gran ciudad moderna en una especie de helado cementerio de materiales plásticos de construcción, bajo las luces crudas, casi violentas, tremendamente blancas y tremendamente frías, cayendo desde los proyectores urbanos, en las rectilíneas, interminables,

gélidas avenidas, calles, plazas y niveles de la ciudad.

Y yo, un hombre, un ser solitario, angustiado y acosado, intentaba huir, eludir un cerco invisible pero implacable, un dogal de silencios y de vacío, que terminaría por envolverme y asfixiarme de modo inexorable.

Me detuve frente al gran bloque de piedra, el monolito gris erguido en medio de la ciudad. El Monumento a la Civilización. El tributo monumental al hombre de la época y a su obra. No se acordaban de otra cosa. No pensaban en nada más. Sólo se acordaban de la materia, de lo sólido y tangible. Hacía años que no veía un monumento espiritual o que significara algo inmaterial y hermoso. No había lugar ya para esas cosas. No en mi mundo actual. No en aquel ambiente gélido y funcional, donde sólo, se idolatraba lo que hacía el hombre. La creación de los seres humanos, no la de su propio Creador.

Miré en derredor mío. Hasta ocho calles partían de aquel centro circular urbano, en cuya parte central se alzaba el monumento. Más allá, edificios, luces, calles. Suelo de asfalto y paredes de vidrio y metal, de plástico y acero.

¿Qué calle elegir? Era como el zorro perdido en la selva, con la jauría detrás. El dédalo urbano era mi propio laberinto. Mi tumba, quizá. O algo peor. A veces, morir no lo era todo. La muerte era un final. Pero, cuando menos, era eso: un final. No siempre se podía aspirar a tanto. No ahora...

Hasta estos momentos terriblemente tensos y angustiosos, lo cierto es que jamás había yo pensado en que pudiera haber en el mundo algo peor que la propia muerte. Resultaba imposible imaginar una cosa peor que el silencio eterno, la oscuridad de lo Desconocido, el fin de todo aliento vital.

Y, sin embargo...

Sin embargo, estaba "aquello". El horror intangible e inmaterial que me cercaba, que iba rodeándome por doquier, que era como un angustioso dogal invisible, que se apretaba más y más en torno mío, más aferrado a mi cuello, hasta la asfixia final.

Sabía que hasta huir era prácticamente imposible. Porque a fin de cuentas, ¿de qué o de quién estaba yo huyendo en esos momentos? Me hubiera resultado del todo inasequible dar una respuesta concreta a quien hubiese tenido la ocurrencia de formularme semejante pregunta. Sencillamente, porque no existía tal respuesta. No entonces. No en mi mente ni en mi razón.

Que huía, era evidente. Mis piernas parecían pesar con lastre de toneladas. Mi carrera se me hacía lenta, agotadora, pese a la velocidad que imprimía a mis músculos. Era como en esas pesadillas en que uno necesita correr y no puede, y sólo se arrastra, envuelto en una angustia demoledora.

Sólo que esto no era una pesadilla. Lo parecía, pero lo malo estaba precisamente ahí: en que NO lo era. Si acaso, solamente la pesadilla de un hombre despierto, terriblemente despierto y terriblemente asustado.

Pero que huía... ¿de "qué"? ¿De "quién"? ¿Hacia "qué", hacia "dónde"...?

No. Nada tenía respuesta. Era preciso hacerlo, sí. Absolutamente necesario. Pero eso era todo. Mi cuerpo, mi mente, mi razón, mi instinto, me impedían a escapar, a buscar una vía de evasión. Sólo que esa vía no debía de existir siquiera en parte alguna, porque estaba convencido de que, fuese donde fuese, me tropezaría con el mismo horror, con idéntico muro. Con aquel delirio alucinante que me envolvía, enloquecedor.La gran ciudad... La Ciudad, así con mayúscula.

Era todo lo que había alrededor mío. Millas y millas de avenidas rectilíneas, de calles asépticas, frías y desiertas, de plazas enormes, circulares o poligonales. De jardines amorfos, de edificios rígidos, de ojos helados de luz, perdidos en la noche, flotando como salpicaduras de claridad en una luminosidad azul, glacial casi, que convertía toda la ciudad en un hermoso conglomerado urbano, tan gélido como moderno, tan distante y hostil como gigantesco y arquitectónicamente perfecto.

Parecía mentira que en el silencio de sus calles desoladas o en la intimidad de sus viviendas apacibles, pudiera ocultarse algo siniestro, oscuro y atroz. Era como una blasfemia en boca de un borracho.

Lo malo era eso: no había bebidas alcohólicas: el Sistema las había prohibido hacía ya décadas enteras. Beber algún licor con alcohol, era un delito contra la salud pública. Tampoco había blasfemias. Sencillamente, uno podía maldecir a cuanto quisiera, sin que eso inmutara lo más mínimo al Sistema. Habían terminado con la fe. Con la Fe, también así, con mayúscula. Hacía décadas enteras también que no existían templos. Rezar, era un delito contra el Estado. No existían dioses. De ninguna clase. Ni siquiera el politeísmo o lo pagano era válvula de escape para quien quisiera o necesitara creer en algo. Inevitablemente, uno evocaba a Voltaire casi con nostalgia y

dolor: "Si Dios no existiera, hubiera sido preciso inventarlo..."

Esto era peor que Voltaire. Peor que todo. Buscaban el culto supremo a la pura razón. Cultivaban lo material hasta límites inauditos. Mencionar a Buda, a Cristo, a Mahoma, a Brahma, hubiese sido suficiente razón para ser internado en una Granja del Estado, para el tratamiento psíquico adecuado. Uno no podía creer. Uno no podía ir más allá de lo puramente frío, racional y tangible. Tras la materia, no había nada. Así era el Sistema. Sólo el Hombre merecía monumentos y culto. El Hombre y su Obra, No me hubiera sorprendido ver a Sombrero Loco o a la Duquesa (1[1]), aupados a uno de los gigantescos pedestales metálicos de la gran urbe, como auténticos símbolos de la grandeza humana a través de la Historia o de la Literatura.

De la Literatura, cuando menos, que "ellos" permitían. El Sistema también había dictado sus implacables leyes en ese sentido. No era un Farenheit 451 (1[2]), pero poco menos. Se podía leer, sí. Existían bibliotecas públicas o privadas, incluso. Pero los libros habían sido escrupulosamente escogidos por el Comité de Cultura del Estado. Y reducidos a un número limitadísimo de obras, donde imperase el materialismo, la política y las Matemáticas, como principios fundamentales del Sistema. Religión, fantasía, filosofías determinadas, pura evasión o literatura romántica, estaban excluidos bajo graves penas. Porque el Amor, por sí mismo, fuese romántico o simplemente carnal y lascivo, estaba excluido por la ley.

Se debía amar fría, mecánicamente. Como muñecos.

Me estremeció esa sola idea, mientras corría, jadeante, calle desolada arriba, "Muñecos". Cielos, nunca había llegado a darme tan exacta cuenta de lo muñecos que pueden llegar a ser los humanos, cuando los poderosos manejan los hilos...

El amor era simple reproducción controlada. Natalidad con límites que evitaran la explosión demográfica. Nada más. Los sentimientos no se permitían, cuando menos en público. Y si esos sentimientos se manifestaban en privado, un vecino podía advertirlo, y su obligación inmediata era denunciar al infractor a través de las Grabadoras Urbanas de Denuncias Oficiales.

Creo que hasta Huxley, en su *Mundo Feliz*, o el propio Orwell en su dantesca "*utopía*" de 1894, se habían quedado cortos, y fueron incluso optimistas. Este mundo nuestro de ahora, era infinitamente más despiadado, más terrible, más deshumanizado.

Y, sin embargo, por contraste paradójico, el Hombre y sólo el Hombre, como máquina perfecta, era elevado al rango puro y simple de un auténtico dios. La Mitología de mi época, desgraciadamente, se centraba en una divinidad monstruosa e implacable: el Poder del Hombre sobre el propio Hombre. La obra científica, técnica, mecánica y política del Hombre, para convertir al Hombre en muñeco, en autómata, en robot o lo que se le quisiera llamar, sujeto a una fría programación previa, impresa en su cerebro inteligente, y que nadie podía eludir, bajo implacable amenaza de las severas, inexorables leyes del Sistema…

De todo eso, no se podía escapar. Era igual en todas partes. El sistema era amplio, todopoderoso, casi inconmensurable. Lo dominaba todo. Estaba en todos los sitios, como un manojo infinito de tentáculos demoledores y silenciosos.

Lo curioso es que yo había aceptado el Sistema. Y todo lo que él significaba. Era un monigote más, sujeto en su tupida telaraña. No me revelaba contra lo inexorable.

Era… *lo otro*. Lo otro. Lo que acababa de descubrir, para mi tremendo pavor. Lo que ni siquiera había llegado jamás a imaginar. Lo que desbordaba toda posible capacidad de reacción y de comprensión. Lo que estaba más allá de lo imaginable, de lo previsible, de lo que un ser humano en su sano juicio hubiera podido sospechar.

Y pensar que todo había comenzado de un modo tan simple, tan trivial incluso…

Pensé en ello mientras corría, pegado a un alto muro del color del acero, y posiblemente tan duro y frío como el mismo. Era la propiedad de los nuevos plásticos. La arquitectura, el Ejército, absolutamente todos, podían prescindir de los más duros y flexibles metales. Bastaba aquella materia sintética, tremendamente resistente, pétrea, indestructible… Tan dura, tan fría y tan gris como el propio Sistema y su pedestal de leyes deshumanizadas, casi mecánicas, dictadas acaso por frías computadoras en remotos centros cibernéticos de la nueva era que nos tocaba vivir. Si es que esto era vivir…

De súbito, me detuve con un escalofrío. La noche silenciosa, las vías infinitas y rectilíneas de la gran ciudad, parecieron conmoverse con el estridente silbido de la sirena de alarma.

Un sonido metálico, duro, incisivo y alargado, que parecía rasgar el aire, rebotar en los muros grises y hundirse en el cuerpo y los sentidos de uno como una docena de cuchillos centelleantes y

mortales.

La alarma.

Siempre sonaba para reclamar toda la atención urgente de las patrullas de Control Social del Sistema. Siempre era utilizada para llamar a cualquier unidad represiva. La temible policía haría su aparición por doquier, no tardando mucho. Bloquearían todas las salidas de là ciudad, formarían cercos herméticos en las diversas zonas urbanas, y terminarían por encontrar a quien tenían que localizar.

Ese alguien era yo.

Yo.

Por primera vez, acosado. Perseguido. Como un animal salvaje. Como una bestia feroz herida. Como algo que había que aniquilar para salvar el orden establecido. Yo era ese algo, esa persona insociable y señalada para la destrucción.

Anchos y luminosos rayos blancos hendieron la noche por doquier, entrelazándose en un juego de haces centelleantes, sobre las estructuras aceradas y verticales, de gris uniformidad.

Luces horadando la noche. Luces escudriñando las calles. Luces buscando a un hombre que sabía demasiado.

A mí.

Quizá si lograba revelar a alguien lo que sucedía, las cosas podían complicarse para alguien. Pero ni siquiera tenía esa esperanza inmediata. Estaba solo. Solo en la gran ciudad, solo en las calles, a una hora de la madrugada en que estaba prohibido por las leyes circular. Como en *El Peatón*, de Bradbury, que leyera yo una vez siendo niño. Lo mismo. O parecido. Los escritores de ciencia-ficción de otra época no habían sido pesimistas, no. No demasiado, cuando menos. Sus profecías terribles, que la gente tomó, entonces a risa, se cumplían inexorablemente. Sólo el holocausto atómico faltaba para completar su acierto premonitorio. No era fácil que eso sucediera, porque ya ni siquiera había enemigos políticos. No había países adversarios. No había nada. Sólo un Gobierno, un orden establecido. Un Estado Mundial. Cuando se creó la Sociedad de Estados Federados Universales, no se llegó a creer que esto fuera posible.

Sin embargo, había sucedido. Un solo gobernante. Un sistema de gobierno. Una doctrina igual para todos. Bastó un hombre con mentalidad de líder y con ambiciones de poder total. Bastó eso, y

bastó la época que le había tocado vivir.

Se hizo fácilmente con el poder. Era el amo del mundo. El sueño imposible de Aníbal, de Alejandro, de Napoleón, de Hitler... hecho realidad. Amo del mundo. Amo de todos nosotros. Un gobierno total. El Estado absoluto. La justicia y la ley, en manos de una nueva tiranía peor que todas las anteriores. Sin guerras, sin sangre, sin masacres. No hacían falta. El poder sostenía las riendas de todos nosotros. Movía los hilos de unos millones de pobres marionetas.

Era nuestro presente. En cuanto a nuestro futuro..., ¿qué se podía desear? Sólo morir. La muerte era olvido. Descanso. Dejar de ser. Valía más dejar de ser algo, que ser lo que éramos.

Pero mucho me temía que no era la muerte lo que me estaba reservado a mí. No, no sería la muerte. Ni mucho menos. Sería algo extraño, siniestro y horrible. Sería seguir viviendo. Y maldiciendo vivir. Llorando por no poder morir...

Era eso, estaba seguro. Lo estaba, mientras corría por la ciudad, perseguido por aquellos haces de luz centelleante, blanca y escudriñadora, que me perseguían como seres animados, inteligentes e inexorables.

Hasta que al final, uno de esos chorros de luz me aprehendiese, proyectara, agigantada, mi sombra en un muro gris.

Y entonces...

Entonces, sería el fin.

Pero mientras tanto, quería tener una esperanza. Pretendía soñar con imposibles evasiones. Y huía. Huía. Corría, corría, corría...

Y mientras corría, pensaba. Y mientras huía, evocaba...

Todo lo anterior. Todo lo reciente. Todo lo que había sucedido.

Todo lo que me condujo a esto...

Y que empezó en mi cumpleaños.

Primera Parte

LA GRAN SUPLANTACION

CAPITULO PRIMERO

—Cole... Oh, Cole querido... Feliz cumpleaños.

—Gracias, querida —reía, besando a Ada. Recogía su regalo y contemplé, curioso, el envoltorio de cinta de seda atada, color escarlata. Lo sopesé—. ¿Qué es?

—Te asombrará cuando lo sepas —rió también ella suavemente, con aire divertido—. Sí, te va a asombrar mucho, palabra. Es algo maravilloso. Digno del esposo más cariñoso y magnífico del mundo.

—Gracias una vez más —incliné la cabeza, con gesto aturdido—. Me abrumas con tus halagos, cariño. Y viniendo de ti, son doblemente halagadores, créeme.

La besé. Y ella a mí. Luego, al ver que mi apasionamiento se exacerbaba, me apartó de sí, riendo. No sé si por instinto femenino o por miedo a las represiones legales del Sistema. Debía recordar que teníamos vecinos. Posibles delatores. Y teníamos también, indudablemente, medios electrónicos de medir nuestras efusiones sentimentales. Lo había sospechado más de una vez. No era posible que la policía descubriera siempre las infracciones por medio de delatores espontáneos, estaba convencido de ello. Aquellos apartamentos confortables, casi lujosos, hechos en serie, que todas las zonas residenciales ofrecían en sus monocordes bloques ajardinados a los ciudadanos del país, parecían tener todo lo que el confort humano precisa. Pero también podían tener otras cosas ocultas, junto con sus mecanismos de cocinar, de controlar la televisión mural, nunca más parecida al viejo cinematógrafo panorámico, y todo cuanto hacía más llevadero el trabajo a las personas del sexo femenino, en su misión de llevar el hogar.

Podía haber conexiones, ojos electrónicos invisibles, medidores de

los legalismos incluso en la vida privada. Quizá en eso, Orwell y Huxley no hubiesen andado tan descaminados. Pero por el momento, para mí, eran aún simples suspicacias, recelos sin fundamento.

Abrí el regalo. Lo contemplé, maravillado.

Solamente Ada podía tener semejante gusto en hacer un obsequio a su esposo. Solamente ella combinaba la discreción en el gasto con la exquisitez en lo elegido.

—Es magnífico —dije—. Realmente magnífico, querida. El mejor regalo que jamás me hizo nadie.

Ella sonrió, aproximándose a mí, y sentándose sobre el brazo blando y suave de mi sillón translúcido. Contempló el obsequio con tanto interés como yo mismo. Luego, sus labios rozaron mi piel en un contacto liviano y suave, que me hizo estremecer.

La miré, sosteniendo todavía en mis manos la caja abierta, con su contenido ante mí.

—Me alegra que te guste —dijo—. Es algo que quería hacer para este día. Tuve que hacer algunos ahorros para poderlo adquirir, pero ha valido la pena.

Sí. Había valido la pena. No porque el regalo me gustara en sí mismo, sino porque ella hubiera pensado en esto. Sabía de mis frecuentes ausencias de casa, forzadas por mi profesión, de los largos desplazamientos, los viajes prolongados, por motivos puramente profesionales. Y éste sería un medio de permanecer unidos, en cierto modo, a través de toda posible distancia...

Un intercomunicador de dos cuerpos, con sonido y visión estereoscópica: dos planas placas curvas, de un material plástico de color gris, como lo eran nuestros edificios, nuestras ropas... y me temo que también nuestras costumbres de seres supercivilizados. Esas placas, manipuladas convenientemente en sus mandos simulados bajo su capa externa, ponían en funcionamiento una pantalla de televisión pequeña, en color y tres dimensiones, con su correspondiente banda de sonido directo, reproducido y amplificado por un juego microscópico de micrófonos y amplificadores. Una delicia electrónica, casi un juguete. Pero también, en el fondo, un medio de comunicación a distancia, muy superior a los teléfonos convencionales y a los televisófonos oficiales, autorizados por el Estado, y controlados por el mismo en toda utilización interurbana. Estos procedimientos, también eran controlados, estaba seguro de ello. Alguna forma de captar las ondas de sonido e imagen existiría en el Centro de Comunicaciones

del Estado, para sorprender a quienes quisieran transmitirse mutuamente el más leve y trivial tema familiar a través de semejantes mecanismos electrónicos.

Era un juguete caprichoso, divertido, pero también muy de agradecer, cuando uno se halla ausente del hogar y quiere ver y hablar a su esposa, aun desde un lugar situado a mil millas de distancia de donde ella se encuentra.

No era demasiado costoso para su utilidad, pero sólo tenía ese problema de falta de intimidad: el control riguroso de los gobernantes sobre cualquier ciudadano y su comunicación humana con otras personas, familia o no.

—Puedes ponerte uno en tus ropas —sonreí—. Se adhieren magnéticamente al tejido, y se amoldan por su flexibilidad a cualquier punto del cuerpo. Yo llevaré el mío siempre, cuando salga de viaje. Te prometo que te llamaré con frecuencia. Cuando menos, cada vez que vaya a acostarme, en uno de esos fríos hoteles o en una de las Residencias Comunes del Estado en el extranjero, te llamaré un momento, te veré, te hablaré...

—Será maravilloso —suspiró ella, asintiendo, fijos sus emocionados ojos en mí—. Pero recuerda: esto no garantiza en absoluto nuestra intimidad. No seas demasiado tierno o demasiado emotivo en tus mensajes. Nunca olvides que nos estarán escuchando, viendo... Vigilando, en suma.

—Maldita gentuza que... —comencé, enfurecido, al pensar en ello.

—Calla —sonrió, aunque su gesto era grave, amordazando mi boca con su mano, fresca y suave como el roce de una flor sedosa—. No sigas. No cometas imprudencias nunca. Tenemos que aceptar lo bueno y lo malo de nuestro tiempo. Formamos parte del mismo, y estamos obligados a ello, nos guste o no. En toda época, en todo lugar, en todo instante de la Historia, el hombre no fue enteramente feliz ni se sintió totalmente satisfecho con la forma en que vivía, recuerda eso. Y, por tanto, acepta lo que tu destino te proporciona.

Me soltó con lentitud los labios. Suspiré, afirmando despacio con la cabeza.

—Está bien, querida —admití—. Tienes razón. Siempre la tienes. Perdona mi error. Procuraré que no vuelva a suceder.

—Sí, es mejor así —oprimió mi mano calurosamente—. Feliz

cumpleaños, Cole, querido.

—Gracias, Ada —musité, besándola de nuevo, a pesar de todas las prohibiciones habidas y por haber. Gocé plenamente de la jugosa humedad cálida de sus labios, y luego la rodeé con mis brazos, musitando con voz profunda—: A pesar de todo y de todos… te amo, Ada. Y eso, nadie podrá jamás evitarlo… ni existe medio humano de impedírmelo.

Creo que en ese momento, si Ada albergaba algún temor, no me lo reveló. Se dejó vencer por el momento, por nuestro mutuo cariño. Y cedió a mis efusiones. Como había sido siempre en nuestra feliz vida en común, pesara a quien pesara, en aquel mundo frío y hostil en que nos había tocado conocernos… y querernos.

Creo que nunca pude sospechar la trascendencia futura que aquel simple día de mi cumpleaños tendría para ella y para mí. Tampoco pude imaginar que cuando, tras el día siguiente, en que partiría en otro de mis largos viajes al extranjero, cuando regresara a casa, quizá un par de meses más tarde, las cosas iban a ser muy diferentes para mí…

Y, por supuesto, también para Ada.

* * *

El viaje había tocado a su fin.

Era confortante que sucediera así, porque, a fin de cuentas, dos meses fuera de casa, es un tiempo demasiado largo para un hombre joven, que ama el hogar… y ama también a su esposa.

Además, nuestro delicioso juguete, nuestro intercomunicador electrónico, no había resultado demasiado perfecto, después de todo. En la última quincena, había sufrido una avería el emisor-receptor de Ada. Nuestra comunicación se quebró un día bruscamente.

Yo pregunté a Ada por teléfono en vía normal, si funcionaba dificultosamente, y ella me comunicó que así era. Lo había llevado a reparar, porque el mecanismo había fallado repentinamente, sin que supiera la causa.

En los días siguientes, olvidé el hecho. Mi emisor-receptor funcionaba normalmente, pero no tenía ningún objeto utilizarlo, puesto que era sólo para comunicarme con ella, y en mis contactos profesionales y oficiales tenía ya los canales normales de

comunicación con mis superiores y colaboradores. El trabajo de mi especialidad, como técnico en estudios alimenticios y en instalación de granjas alimentarias para poblaciones industrializadas, me absorbió totalmente en esos días, hasta que, por fin, inicié el ansiado regreso.

La nave aérea me condujo de vuelta a la gran ciudad. Un taxi automático del aire, me trasladó desde el Aeropuerto Internacional hasta mi casa. Ada estaba esperándome.

La encontré tan hermosa y tan atractiva como siempre, e igualmente afectuosa conmigo, aunque me pareció advertir en ella una leve alteración, quizá la posible sombra de una preocupación interior que no se atreviera a comunicarme.

Pero como no me habló de nada en especial, me acogió efusivamente, como en ella era costumbre, y además me había preparado un cena deliciosa —igualmente costumbre de ella, en su afán de colaborar con la "cocina mecánica" del hogar—, por el momento se apartó de mi mente la posibilidad de ese hecho por mí imaginado.

La cena fue realmente deliciosa. Me sentía nuevamente feliz. Entera y totalmente feliz, al lado de Ada, de regreso por un tiempo que esperaba fuese lo más largo posible.

Al término, nos sentamos en el jardín hogareño, bajo el clima artificial que nos prestaba un amable frescor. Ada se adentró en la cocina, regresando con unos refrescos. Fumé en silencio, mientras ella me contemplaba, risueña.

—¿Satisfecho, querido? —me preguntó suavemente.

—Del todo —asentí—. Espero que dure lo suficiente para disfrutar de todo ello. No quisiera volver a viajar por el momento.

—Confiemos en que tu Departamento sea compasivo contigo —rió, suave, Ada.

—¿Compasivos? ¿Conoces tú la compasión de las computadoras electrónicas? —dudé—. Pues así funciona eso. Todo está programado previamente. Somos simples tarjetas numeradas, cariño. ¿Olvidaste que nuestra deliciosa época actual se ha creado sobre circuitos y una monstruosa telaraña de electrones, transistores y cosas así?

—A veces, quisiera olvidarlo —movió ella su rubia cabeza, con un gesto divertido en el bonito rostro de grandes ojos verdes, centelleantes como esmeraldas vivas—. Pero no siempre se puede. En

esta ocasión, era una de las contadas veces en que había logrado desligarme de ciertas obsesiones…

—Y yo tuve que recordarte de nuevo la amarga realidad —murmuré.

—¿Amarga? No es para tanto, Cole. Existieron cosas peores en otras épocas.

—Sí, tal vez. Pero yo me limito a criticar mi propio tiempo. Es lo habitual. Debes disculparme por ser tan rutinario, encanto.

—Estás perdonado —rió dulcemente Ada, entrelazando sus dedos con los míos. Reclinó su dorada cabeza contra mi hombro, y la calma perfumada, aunque artificiosa, del jardín de verde césped, flores cultivadas por radiaciones solares artificiales, y aire acondicionado pero amable.

Era una noche maravillosa, pensé.

Y no sabía lo lejos que estaba de la auténtica realidad que me envolvía en esos momentos, sin yo saberlo. Lo cierto es que Ada y yo, habíamos entrado ya en la pesadilla más terrorífica imaginable. Todo lo que nos rodeaba en ese momento, con su falsa paz y su apacible calma, llena de serenidad y de atractivo, era completamente ficticio. Sólo la bella máscara de un horror indescriptible y sutil, como la más invisible y pegajosa de todas las telarañas.

* * *

Desperté bruscamente.

Estaba sudoroso, la piel húmeda y viscosa. Eso resultaba extraño, dentro de la vivienda de clima acondicionado, cuya temperatura siempre se adaptaba automáticamente a las necesidades personales de uno mismo y a lo que el cuerpo del ocupante de la casa precisaba en ese justo momento.

Me incorporé, sorprendido. Miré a mi lado. La cama gemela, de flotante colchón elástico, aparecía vacía. Ada no estaba.

Me sorprendió, pero no me preocupó. Había luz en el gabinete. Acaso se había levantado de la cama por alguna razón. Lo raro era… la climatización. El repentino y agobiante calor que estaba yo experimentando en estos momentos. Y que me había arrancado de mi profundo sueño de hombre cansado, de hombre feliz y en

relajamiento, de vuelta en su hogar.

—Calor… —murmuré entre dientes—. ¿Por qué? No tiene sentido, a menos que se haya averiado el sistema de climatización. Y, aun así, se repararía por sí mismo en breves minutos. No logro entenderlo…

Me puse en pie. Descalzo, caminé sobre la moqueta esponjosa, que ahogaba el sonido de mis pisadas, amortiguándolas hasta el silencio absoluto. Caminé hacia el gabinete encendido. No encontré a Ada allí. Miré el indicador de temperatura. Marcaba exactamente en estos momentos ochenta y cinco grados Fahrenheit (1[3]). Demasiado caluroso, lógicamente.

—¡Ada! —llamé—, ¡Ada! ¿Dónde te has metido? ¿Qué ocurre con la temperatura? Debe haber alguna avería en el circuito climático de la casa…

No me contestó nadie. Si Ada estaba por allí, no me había escuchado. En caso contrario, ella siempre respondía y acudía prestamente.

Iba a repetir mi llamada, cuando sonó el visófono en el gabinete iluminado. Lo miré, perplejo. Era raro, a semejantes horas una llamada. Mi reloj marcaba justamente las tres y doce minutos de la madrugada.

Preocupado ya, por si Ada había salido de casa —pese a que era algo estrictamente prohibido por la ley, abandonar la casa después de la medianoche, sin causa justificada de auténtica emergencia—, y me llamaba desde alguna cabina de comunicación pública, me incliné, descolgando el micrófono. Por encima del altavoz, en el aparato escarlata aplicado sobre la mesa, la pantalla pequeña de TV se iluminó, con la imagen en color de un rostro harto conocido: Nemrod Klein, mi mejor amigo.

—¡Nemrod! —exclamé, sorprendido, frotándome los ojos somnolientos, mientras en la imagen televisada del receptor se mostraba a mi amigo con igual aspecto de sopor y fatiga, vestido, como yo, con su pijama liviano y confortable—. ¿Qué tripa se te ha roto?

—Perdona que te moleste a estas horas, muchacho. Ante todo, quiero darte la bienvenida, puesto que sabía por Ada que volvías en estas fechas. Pero te llamo por otra razón.

—¿De veras? Imagino que será importante, para llamarme a estas

horas de la madrugada, ¿no?

—Pues veo que tampoco tú dormías —replicó irónicamente él, mirándome a través de la imagen que su aparato transmitiría de mí mismo—. Y eso que la hora es intempestiva, ¿no?

—Tienes razón —suspiré—. Mi aparato climático se estropeó. Hace un calor en casa de mil diablos...

—Veo tu sudor en la pantalla —asintió mi amigo, perplejo, como si mi noticia le hubiera sobresaltado, por causas que yo no pude entender—. Y sí que resulta raro...

—¿Raro? —indagué, sin entenderle.

—Sí, y muy raro —mascultó él secamente, meneando la cabeza—. A mí es otra cosa la que me ha fallado. Y por eso te llamaba. Porque en cierto modo, es algo sobre lo que tú puedes aconsejarme.

—¿Yo? —pestañeé, dubitativo—. No entiendo por qué, muchacho.

—Porque afecta a mi alimentación —gimió Nemrod, con un gesto compungido en su redondo rostro—. ¿Lo entiendes ahora?

—En parte —reí—. ¿Sigues tan tragón como siempre?

—Un poco más cada día —respondió Nemrod, con gesto risueño —. Se trata de mi cocina mecánica. Oona, mi mujer, está ausente por motivos laborales de su Departamento de Medicina Social. No puedo comer nada en condiciones, desde esta mañana. Los alimentos salen estropeados o mal cocinados.

—Eso no puede ser —rechacé—. Sabes que se reparan esa clase de averías por medios autónomos de los mecanismos dañados.

—¡No me digas! —rió burlón Nemrod—. ¿Y la climatización?

Me quedé de una pieza. Asentí, malhumorado.

—Es verdad —admití—. Estamos en un caso parecido. Y poco común.

—¿De modo que eso significa que no puedes orientarme al respecto? —temió Nemrod.

—Pues es lo que temo. Si la máquina de cocinar y de conservar los alimentos no funciona bien y no se repara por sí misma... habrá que notificarlo mañana al Servicio Central del Hogar, como yo haré

con mi climatización.

—¡Pero imagínate, Cole! ¿Qué desayuno, qué almuerzo mañana, hasta que todo esté en regla? —gimió él—. Sabes que no puedo quedarme así, dependiendo de cualquier servicio automático urbano. No me gusta la comida de esos servicios...

—A mí tampoco, pero a veces no hay más remedio que soportarla, Nemrod —sonreí—. Tendrás que aceptar las cosas tal como son, amigo. Y otro día, no se te ocurra llamarme a tales horas, por si se da la curiosa circunstancia de que estoy dormido.

—Muy gracioso —refunfuñó malhumorado Nemrod—. Lo tendré en cuenta. Y de paso, saluda a Ada, pero cuando despierte, claro. No quiero que me maldiga igual que tú.

—Le transmitiré tus saludos cuando la vea —reí burlonamente—. Parece ser que también sufría de insomnio, y se ha levantado. No he logrado localizarla aún.

—Suerte, Cole —se mofó Nemrod—. ¿No tienes algún vecino más guapo que tú?

—Es posible. Pero Ada sólo me elegiría a mí, estoy seguro.

—Sí tú lo dices... —me exhibió la lengua en una burlona, y cerró el visófono.

Reí de buen grado, colgando a mi vez. Sabía que Nemrod bromeaba. Y no porque el adulterio estuviera castigado con la esterilización de los infieles y su confinamiento en granjas del Estado, sino porque tenía fe ciega en Ada. Quizá ella era lo único de todo cuanto me rodeaba, que mereciera una fe ciega y total.

Avancé hacia la cocina, pese a que ésta se hallaba a oscuras, en mi intento de localizar el paradero de Ada. La llamé de nuevo:

—Ada, querida... ¿Dónde diablos te has metido?

Asomé. Entonces observé que la cocina no estaba totalmente a oscuras. El frigorífico estaba abierto, mostrando su lívida luz el contenido de bebidas frescas, alimentos congelados y alimentos deshidratados.

Repentinamente, también observé otra cosa. Una sombra flotó en el muro, a mis espaldas, y una figura humana, débilmente alumbrada por la claridad del gran frigorífico empotrado, se movió a espaldas mías.

Giré la cabeza, sorprendido, esperando ver a Ada.

Pero antes de que viese nada ni a nadie, recibí un tremendo golpe en el rostro, y sentí cómo algo incisivo, profundamente cortante, rasgaba mi mejilla. La sangre brotó, llegando incluso a cegarme, y caí al suelo lustroso de la cocina, con un grito ronco.

La figura humana se inclinó, golpeándome de nuevo, bestialmente. Sentí otro corte profundo y doloroso, que hendió mi frente y alcanzó mi cuero cabelludo. La sangre corrió más copiosamente por mi faz, cubriendo de rojo espeso mis ojos. Me debatí rabiosamente, sin entender qué sucedía, pero seguro de que alguien se había introducido en mi vivienda, atacándome brutalmente, con intención de asesinarme. La furia agresiva de que hacía gala el intruso así lo denunciaba claramente.

Me cubrí con los brazos, cuando me fue posible, mientras rodaba por el pavimento de la cocina, gris y charolado, y sentí los golpes, los tajos brutales, lloviendo sobre mis manos y brazos, desgarrando mi pijama, hiriéndome acá y allá ferozmente.

Si todo continuaba así, terminaría acuchillado de modo mortífero, sin remedio alguno. De modo que intenté algo a la desesperada. Salté sobre mis piernas flexionadas, emitiendo un rugido de ira, y aferré algo, un pesado objeto de encima de una estantería, con el que ataqué, resuelto a matar o morir, a mi misterioso atacante nocturno.

CAPITULO II

Ataqué. Y golpeé.

Creo que lo hice salvaje, ferozmente incluso, como lo hacía mi propio enemigo. Sabía que, de no hacerlo así, sería asesinado sin remedio por mi enloquecido agresor. Pegué con todas mis fuerzas, al tiempo que otro tajo me alcanzaba, desgarrador, cerca de la garganta junto a la oreja, y salvando mi carótida por puro milagro.

Sentí un crujido siniestro, cuando abatí el objeto pesado sobre un cráneo humano. Hubo un ronco gemido de dolor infinito, una sombra se tambaleó ante mí, tras el velo rojo que la sangre formaba en mis párpados y pestañas... y un cuerpo humano cayó pesadamente al

suelo.

No podía saber nada, pero estuve convencido de que le había matado. Mi golpe tenía que haber sido mortal de necesidad. No había cráneo humano capaz de soportar semejante impacto con un objeto contundente. Conocía mi fuerza física, y estaba bien seguro de sus resultados en un momento así.

Me erguí, jadeante, apoyándome en uno de los asépticos muebles blancos de la cocina. Lo empapé de sangre, y vi correr ésta por mi brazo y dedos. Sentía en el rostro el borboteo áspero de la misma, al brotar de los profundos tajos sufridos.

Sentía una debilidad creciente que, incluso, me impedía ver con claridad lo que me rodeaba. Muebles y objetos me daban vueltas, a medida que perdía más y más sangre. Era preciso, ante todo, curar mi estado actual, o terminaría desangrado allí mismo. Los salvajes golpes sufridos a manos de mi misterioso agresor, me habían causado una mella considerable, me daba perfecta cuenta de tal, hecho.

Al golpear a mi adversario, había advertido que algo escapaba de sus dedos, tintineando seca, metálicamente, en el suelo lustroso, terso, de la cocina. Traté de ver lo que era, pero entre la sangre y la debilidad, no capté sino formas confusas, niebla rojiza y bultos informes, que escapaban a la visión de mi retina. Pero, evidentemente, debía de tratarse de un pesado objeto cortante, capaz de degollarme en un instane. Sólo una buena fortuna casi inverosímil, había permitido que continuase con vida.

Sentí un miedo instintivo por alguien que no era yo, incluso en estos instantes de torpeza y desorientación, de dolor y de aturdimiento. Estaba pensando en ella.

En Ada.

Seguía sin aparecer. No sabía nada sobre su actual paradero. Me sacudió un escalofrío. ¿Y si ella… y si ella había sido víctima, antes que yo, de aquel asesino implacable, introducido de noche en nuestra vivienda?

—¡Ada! —aullé con terror, tratando de localizarla, de que me respondiera, intentando desesperadamente saber de ella, confirmar que estaba con vida, en alguna parte—. ¡Ada, cariño! ¡Respóndeme, por el amor de Dios! Ada, Ada! ¿Dónde estás?

El silencio fue la respuesta.

Parecía como si estuviera solo en la casa. Solo, con un cuerpo tendido a mis pies. Solo, con un criminal.

Y ni siquiera podía estar enteramente seguro de que tan peligroso enemigo estuviera realmente muerto.

Caminé hacia el cuarto de aseo. Encendí las luces. Borrosamente, contemplé en el espejo, a la cruda claridad, la imagen de un hombre tambaleante, ensangrentado de modo horrible, despeinado, casi irreconocible, al que difícilmente podía relacionar conmigo. Y, sin embargo, no había ninguna otra persona en la estancia.

Abrí el grifo, metiendo la cabeza bajo el agua. Corrió ésta por mi rostro y cabellos, limpiándome de sangre, aunque no cortando mis numerosas hemorragias, que iban dejando por doquier un estridente rastro escarlata.

Recurrí a los coagulantes rápidos de mi botiquín, aplicándolos sobre los profundos cortes de mis heridas. Luego, puse desinfectante, y apliqué tiras esterilizadas adhesivas, para apósito de los cortes.

Fue una tarea difícil y ardua, pero logré, finalmente, contemplar en el espejo a un hombre con las ropas empapadas en sangre, aunque ya con su rostro y cuello sin sangrar de nuevo, taponado por bandas adhesivas sanitarias que impedían toda posible infección, y tratados los cortes del modo adecuado, con mi moderno botiquín hogareño.

Respiré hondo, sintiéndome inseguro, vacilante. Todo bailoteaba en torno mío como si estuviera borracho. Y como no era eso precisamente lo que sucedía, y no había ni una gota de licor en mis venas —quizá tampoco había muchas de sangre, esa es la verdad—, recurrí al bar empotrado en el *living*, de donde obtuve un vaso mediado de brandy, que tomé de un solo trago, sintiendo que su calor, recorriendo mi cuerpo, me entonaba y rehacía momentáneamente.

Después, precavido, recurrí a unas tabletas especiales para estados anímicos como el mío, y pensé en la necesidad imperiosa de llamar a cualquier centro sanitario de servicio nocturno, para que me aplicaran una transfusión de sangre o me proporcionasen píldoras de hemoglobina, que equilibraran un poco mi actual estado físico y anímico.

Habría tiempo de todo eso más tarde. Ahora, se imponían dos cosas, por encima de todas: la primera de ellas, encontrar a Ada. La otra, saber por qué había entrado en nuestro hogar un criminal de tan exacerbada crueldad, y para qué.

Por desgracia, si no encontraba a Ada en casa, no sabría qué hacer. Pero, dado el caso, tendría que informar urgentemente a la policía, para que se iniciara su búsqueda, al mismo tiempo que notificaba la presencia de un intruso criminal en casa.

Antes que todo eso, tenía algo por hacer, eso sí que estaba al alcance inmediato de mi mano: examinar al intruso abatido, y tratar de saber, cuando menos, qué clase de individuo era.

Regresé a la cocina, empuñando de nuevo, prudentemente, la misma botella metálica con la que redujera a mi peligroso contrincante nocturno.

Di todas las luces súbitamente, y avancé hacia el mueble blanco, tras el cual yacía mi víctima. Comprendí, aun antes dé ver su cuerpo, que estaba muerto. El reguero de sangre que brotaba de su cráneo, se deslizaba visiblemente a través de todo el pavimento terso, charolado, trazando un río de sangre en la cocina. Me estremecí.

No era agradable saber que había matado a alguien. Aunque ese alguien fuese un agresor homicida, a quien combatir se convertía en una disyuntiva entre matar o morir.

Temblaba visiblemente cuando rodeé el mueble y me enfrenté con el cuerpo de mi víctima.

Allí estaba. Con el gran cuchillo pesado, largo y centelleante, empapado en sangre de mis heridas, muy cerca de sus crispados dedos.

Lo contemplé. Creo que me hubiera sido imposible verter ni una sola gota de sangre más, aun llevando abiertas mis profundas heridas.

Todo mi cuerpo era una estatua helada y rígida. Mis ojos desorbitados, se clavaban en aquel horror increíble. Sentí que exhalaba un alarido enloquecedor.

¡Mi agresor, la persona a quien yo había matado, hundiéndole el cráneo de un golpe mortífero... ERA ADA, MI ESPOSA!

* * *

Ada.

Mi mujer. La rubia, dulce, hermosa y maravillosa Ada. La muchacha a quien yo amaba. La compañera de mi vida.

Aún no había salido de mi confusión. Todavía me sentía hundido, aplastado virtualmente por el peso del horror, por la obsesión de mi angustia.

Yo... ¡yo había asesinado a Ada!

—Pero... pero no es posible... —gemí—. Ella... ¡ella me atacó, me causó horribles heridas, su intención clarísima era la de asesinarme sin compasión alguna! Eso no es posible. No ha podido suceder... ¡Pero ella es la que está ahí, sin vida! ¡Ha sucedido, Dios mío, ha sucedido ... !

Contemplaba aún aquel cuerpo amado, que ahora yacía sobre una manta suave, como en reposo. Había cubierto en parte su destrozada cabeza rubia, donde la sangre y los rubios cabellos eran un amasijo horrendo, con una pequeña prenda blanca, una toalla de las suyas...

Sentía lo que siente el que vive una pesadilla espantosa y sabe, sin embargo, en su angustia, que despertará de un momento a otro, y todo lo que sufre se diluirá en nada, una vez vuelto a la cotidiana realidad.

Pero no era ese el caso. No era eso lo que estaba sucediendo. Ni sucedería.

Yo no soñaba. No sufría una pesadilla. Y si realmente lo era, ésta duraría toda mi vida. Porque aquella era mi existencia *real*, no un sueño que tiene su principio y su fin.

Me entregaría a la policía de un momento a otro. No quedaba otra cosa por hacer. Pero antes quería reflexionar, dar vueltas unos instantes, en mi cerebro febril y aturdido, a los horrores de aquella noche.

Pausadamente, tratando de serenarme, ya con otro trago mucho más largo de brandy en mi cuerpo, intentaba cohesionar mis Confusos pensamientos sin sentido, Evoqué, paso a paso, los sucesos de aquella increíble velada.

La avería en el sistema de refrigeración... La llamada de Nemrod, con su cocina y su proveedor automático de alimentos también averiado... La ausencia de Ada en el lecho... El repentino ataque en la cocina... Los atroces golpes del arma afilada, desgarrando mi cuerpo...

Y luego, de súbito, cuando creía morir bajo el ataque asesino, la presencia de la botella metálica, su utilización a la desesperada, el golpe tremendo, la muerte de mi agresor...

Respiré hondo. Sentía palpitar violentamente mi corazón. Tragué saliva, pero creo que tenía la boca tan seca como un desierto ardiente.

Ada...

En ese momento, yo había matado a mi esposa. Al ser a quien más amaba en el mundo. A lo que constituía toda mi vida...

—Es enloquecedor... —gemí—. ¿Cómo ha podido suceder? Yo golpeé a alguien en la oscuridad, alguien de quien nada sabía, y menos aún su identidad... Pero ella... ¡ella tenía que verme claramente, oír mi voz, verme llegar por la puerta iluminada! ¡*Sabía* que era YO y no otro! Y a pesar de ello... me atacó. Ella me atacó, con la intención de asesinarme... Pero Dios mío, ¿por qué? ¿Por qué? Pudo hacerlo mientras dormía... Acaso...: *acaso lo intentaba*...

La idea erizó mis cabellos. Yo, dormido. Ella, en pie, fuera del lecho. En la cocina. Buscando, quizá, un arma...

El regreso al dormitorio, el ataque... y yo hubiera perecido, casi sin despertar, bajo el alud de sus golpes de muerte...

Pero por qué? ¿POR QUE? Era una pregunta desesperante. Ada me quería. Siempre había parecido quererme... Nunca hubo entre nosotros el más leve roce... Estuve ausente esta vez, como había estado en otras ocasiones. Al regreso... todo seguía bien entre nosotros. Era lo de siempre.

Lo de siempre, menos en esta ocasión. La primera. Y la última.

—Ada... —contemplé su cadáver, a medio vestir, tal como ella saliera del lecho. Sus rosados muslos desnudos, sus brazos bien torneados, su seno erguido y juvenil... Sus mechones de dorados cabellos... Aquella adorable criatura que yo amaba...

—Ada... ¿por qué lo hiciste? ¿Qué había sucedido entre nosotros, para cambiar tanto las cosas y conducirte a esto? Ada, querida... ¿te hice algo malo? ¿Es que... es que amabas a otro hombre y tenías miedo de ser culpable de un delito de adulterio ante el Sistema y ante mí? Ada, no lo entiendo. No puedo entenderlo...

Hundí la cabeza entre mis manos. La climatización, con su repentina avería, había salvado mi vida milagrosamente. De otro modo, ella estaría ahora con vida, y yo muerto sobre mi lecho.

¿Qué explicación hubiera dado ella de los hechos a los demás? ¿Qué informe hubiese planeado para la policía? ¿Un agresor, un intruso nocturno, quizá? Sí, era muy probable...

Me incorporé, fatigado, tan lleno de confusión y de horror como antes. No lo entendía. Y cuando se ha hecho algo espantoso y, al mismo tiempo, no se entiende por qué ni en qué modo se hizo, es aún mucho peor. Infinitamente peor...

Recordé algo, borrosamente: nuestros contactos a distancia, por medio de aquel juego de los emisores-receptores, regalò de mi cumpleaños. Yo llevaba el mío adherido a mis ropas. Ella había mencionado su avería, que le impidió comunicar conmigo durante el último período de mi ausencia.

¿Tenía ese trivial incidente algo que ver con su actitud posterior? ¿Había comenzado ya Ada la transformación que la conduciría a convertirse en una criminal sin piedad?

Busqué en sus ropas, cuidadosamente, sin tocar su cabeza destrozada, la presencia del emisor-receptor de radio y televisión interurbana. No lo encontré. No lo llevaba consigo, era obvio.

Podía haberlo entregado a reparar, o haberlo guardado, tras su avería, como algo inútil. Si es que, realmente, estaba averiado. Se me ocurrió una idea. Pulsé el llamador de mi propio emisor. Si estaba el otro aparato en la casa, *bip-bip-bip-bip* de llamada, llegaría a mí, a menos que no funcionara tampoco.

Escuché atentamente, repitiendo por tres veces la llamada. No hubo sonido alguno en toda la casa. Si no era una avería total, existía la posibilidad, de que el emisor-receptor de Ada no estuviera allí.

Miré, perplejo, mi pequeño aparato adherido a mis grises ropas. Pestañeé, sin entender.

No. El *otro* emisor-receptor no podía estar averiado.

En alguna parte, estuviera donde estuviera en estos momentos, recibía la llamada. Mi emisor acusaba ese hecho en el leve parpadeo de una luz verde, diminuta. De no existir contacto alguno entre esos dos aparatos, no hubiera habido luz alguna pestañeando intermitentemente.

Pero nadie respondió. El segundo aparato continuó en su enigmático mutismo, allá donde estuviera. Me enjugué el sudor. No era sólo la ausencia de aire acondicionado en la casa, sino la angustia tremenda que me envolvía, como una telaraña pegajosa y asfixiante.

Sentí un estremecimiento de horror e instintivamente aparté la mirada de ella.

Al manipular sus ropas en el frígido cuerpo inerte, en busca de su emisor-receptor portátil, había movido la toalla de su cabeza, apartándola sin darme cuenta, ligeramente. Lo bastante para que su rostro fuera en parte visible.

Sentí horror, al ver la sangre empapando la faz femenina, bella y delicada, los dorados cabellos adheridos a su aplastada frente, a su quebrada nariz, a uno de sus ojos hundidos, y al otro, aún abierto, muy abierto, vidrioso, brillante...

Temblé, mientras dejaba de mirar, ¿*Brillante*?

Cielos, no era esa la palabra exacta. Aunque sí brillaba el único ojo visible de Ada... Pero no era el brillo normal en un ojo, ni siquiera cuando se goza de la vida. Era... era un centelleo de luz. Una luz que *parpadeaba* en la pupila muerta. Como si *dentro* del ojo, algo emitiera *un brillo intermitente*.

Eso era imposible. Miré a la luz de la cocina, blanca y cruda, cayendo vertical. No había en ella el menor movimiento o parpadeo. Apreté los resecos labios. Volví a mirar a Ada, muy fijo. Me acerqué, y con un poderoso esfuerzo de voluntad, me puse de rodillas, fija mi mirada en aquel ojo vidrioso, muy abierto, horriblemente fijo en ninguna parte.

De cerca, el fenómeno era aún más claro y visible.

Algo emitía luz parpadeante *dentro del ojo* de Ada.

—Eso no puede ocurrir —rechacé con voz ronca, susurrante, hablando conmigo mismo en voz alta—. Es absurdo...

Era absurdo. Pero sucedía. Si de algo no he dudado jamás en la vida, es de lo que ven mis ojos, especialmente por segunda o por tercera vez, confirmando una primera impresión que sí podría resultar errónea.

Me aproximé más a ella. Contemplé aquel ojo de extraño brillo parpadeante. Era el suyo, verde y hermoso, profundo e insondable...

Acerqué a él mis dedos, suave, lentamente. Lo rocé, lo palpé, sin entender. Me hizo estremecer la frialdad húmeda y endurecida de aquel globo ocular. Pero presioné con algo más de fuerza, por ver si el fenómeno desaparecía de la pupila cristalina.

Entonces sucedió.

De repente, ocurrió lo que nunca hubiera podido imaginar ni

esperar.

El ojo humano, *saltó*.

* * *

Saltó fuera de la órbita. Escapó de entre los párpados encogidos.

Grité roncamente. El cadáver de Ada se quedó sin el único ojo visible.

Luego...

Luego, por aquel orificio, escapó la luz parpadeante, en un chisporroteo alucinante y repentino.

Me quedé petrificado. Contemplé el negro boquete dejado por el ojo, bajo los párpados crispados. El chisporroteo continuaba, con destellos azulados, allá en el interior de la cabeza de Ada. Como... como un juguete eléctrico que se hubiera roto.

Un juguete roto.

Ada no era un juguete. Era una persona. Un ser humano. De carne y hueso.

Pero... ¿lo era, realmente?

Hundí los dedos en aquel boquete abierto monstruosamente en su bella faz rubia. El chisporroteo cosquilleó en mis dedos. Aferré algo, y temí haber tocado nervios de aquel amado cuerpo mío. Temblé, tirando de ello, cuando mi mente, sorprendida, advirtió que podían parecer formas elásticas, metalizadas, extrañas...

Con un raro, sibilante sonido de metal y plástico, emergieron entre mis dedos muelles, cables, circuitos, electrodos diminutos...

¡LA CABEZA DE MI ESPOSA ERA UNA SIMPLE MAQUINA ELECTRÓNICA!

Ella... *era un muñeco*. Un robot. No era humana.

CAPITULO III

No era humana.

¡NO ERA HUMANA!

La idea aterradora atravesó mi cerebro como un espasmo. Temblé con un sollozo ahogado y contemplé la espantosa escena.

Había sido duro, difícil. Me había costado mucho trabajo. Pero lo hice. Lo hice, y allí estaba el resultado definitivo.

Había logrado tomar un cuchillo. Clavarlo en su carne. Abrirla, rasgar sus senos, su cuerpo todo, el mismo cuerpo que yo recordaba haber abrazado, acariciando, cada una de cuyas curvas me era cálida y gratamente familiar...

Estaba abierto casi en canal aquel amado cadáver que yo mismo no sólo había destruido, sino incluso profanado con unos cortes post mortevi, monstruosos de puro fríos, deliberados y mecánicos. Yo mismo me asombraba de mi sangre fría, de mi crueldad instintiva, puesta al servicio de aquella disección siniestra.

Y sin embargo...

Sin embargo, estaba allí la comprobación de todo lo temido. La confirmación, la seguridad de una serie de sospechas alucinantes.

Era verdad cuanto imaginé previamente. La más cruda verdad imaginable.

La carne abierta de Ada,me revelaba... Un esqueleto humano, ciertamente. Pero un esqueleto *plástico,* de materia sintética.

Sobre ese esqueleto se había montado un cuerpo humano con arterias, venas, músculos, tendones, TODO ELLO DE PLÁSTICO.

Ada no había sido *nunca* un auténtico ser humano. Era sólo un robot. Una máquina. Una muñeca deliciosa y turbadora, increíblemente humana para estar manipulaba por toda aquella compleja serie de circuitos cibernéticos incrustados en su humanidad ficticia.

Una muñeca. Una portentosa muñeca mecánica... de carne.

Porque no había duda. Aquella materia envolvente, aquella epidermis sedosa, aquel cuerpo juvenil y turgente, estaba modelado, creado, realizado en una materia posiblemente artificial, sintética, pero fabulosamente igual a nuestra propia materia humana. Al tacto, al roce, en su temperatura, antes o después de morir, era totalmente carne de ser viviente, y no frío plástico imitando mejor o peor a un ser original.

Sólo que en su pecho, dentro de aquel esqueleto, el corazón ocultaba, bajo su forma musculosa y prieta, un sinfín de complejos, delicadísimos mecanismos microscópicos. Toda la ciencia de la Cibernética humana, tan perfectamente y tan reducida de volumen en la Astronáutica, había sido aplicada a imitar un ser humano.

Yo había estado casado... con una máquina fría y despiadada. Con "algo" o "alguien" que no sentía nada, porque estaba regido por simples impulsos electrónicos a través de su cuerpo. No importaba que su sangre fuese real, que su apariencia fuese totalmente normal. Nada importaba, Algún genio de la electrónica y de una serie de técnicas complicadas y minuciosas —yo me preguntaba, angustiado, *quién*—, había creado una criatura perfectamente igual a las ya existentes. La imitación de una vida, de unos sentimientos, de unas pasiones, era tan perfecta que rozaba el escalofrío.

Era alucinante. Inverosímil. Pavoroso.

Pero sucedía. Me había sucedido a mí. Yo había matado a mi esposa de un golpe brutal en el cráneo. A una esposa que, previamente, de modo inexplicable, trató de asesinarme a mí.

Esa esposa era un simple robot. El más perfecto del mundo, diría yo. Pero un robot.

Había aplastado un cráneo de plástico, repleto de circuitos y de electrodos. Nada en aquel cuerpo era auténtico. Me pregunté hasta dónde podía ser un crimen destruir una simple máquina...

¿Qué dirían de esto las leyes? ¿Qué juzgaría el Sistema?

Me estremecí. El Sistema...

¿Eran ellos los autores de este horror? ¿Había llegado nuestra sociedad, nuestro Gobierno, a límites tan increíbles de deshumanización y de crueldad? ¿Eran capaces de crear seres artificiales y permitir que un ser humano, normal y corriente, se casara con ellos, esperando una procreación imposible, y compartiendo sus sentimientos y sus pasiones con una simple

máquina?

Eran capaces de todo. Pero aquello me parecía demasiado. Incluso excesivamente monstruoso, hubiera dicho yo. No tenía sentido, a menos que fuese un modo de esterilizar a la sociedad toda, de convertir a la Humanidad en una mezcla de mecanización y de humanismo frustrado.

La idea previa de avisar a la policía, perdía fuerza dentro de mí. Imaginarme a unos funcionarios del Estado que me acusaran de destruir una preciosa máquina creada por los gobernantes, condenándome por ello a sólo Dios sabía qué horrible pena, me acosó e inquietó en ese momento.

Resolví no decir nada. No hablar con la policía. No aún. Decidí que era mejor hacer cualquier otra cosa. Pedir ayuda a un amigo, confiar en alguien, revelarle aquel disparate, tratar de convencerle de que era realidad, rogarle que viera el "cadáver" de Ada...

Nemrod.

En seguida acudió su nombre a mi mente. Nemrod.

Era mi único amigo. Nemrod y Oona, su mujer. También estaba Yade.

Yade...

Suspiré, pasando una mano trémula por mi frente. Cerré los ojos, tratando de no pensar en ella. En Yade.

Si alguien supiera ahora que Yade... que Yade era mi mejor amiga dentro del trabajo, mi compañera más fiel. Siendo tan hermosa, tan seductora... Alguien había dicho en el Centro de Servicios Alimentarios Sociales del cual dependía mi cargo, en una ocasión:

—Eh, Cole, eres un tipo afortunado. ¿No te has dado cuenta? No sólo tienes la esposa más bonita que se puede imaginar... sino que la chica más atractiva del Departamento está loca por ti. Basta verla cómo te mira... Sí, sí, no te hagas el tonto. Hablamos de ella, de Yade...

Yade.

Recordé vagamente sus ojos color ámbar, sus cabellos negros, casi azules, su piel de color bronce, su cuerpo agresivo, sensual...

No. Yade no era la persona adecuada para ayudarme en estos

momentos. Presentía que era de fiar. Una gran chica, dijeran lo que dijeran los mal intencionados. Simpatizaba con ella, eso era cierto. Pero eso era todo por mi parte. Y suponía que también por la suya.

Pero si alguien descubría que Ada —o lo que Ada fue durante toda su existencia—, había muerto, si sospechaban que yo acabé con ella, en seguida surgiría la malevolencia, el comentario cáustico y sinuoso… La murmuración podía serme fatal en estos momentos. Sobre todo, si el maniquí viviente, el robot hermoso que fuera Ada, era obra del Sistema. Me acusarían de homicidio, de adulterio, de sólo Dios sabía qué horribles culpas…

No. Deseché definitivamente a Yade. Y pensé en Nemrod. En él y en Oona. Ellos sí eran unos amigos al margen de toda rara sospecha o malevolencia popular. Podía confiar en ellos, además. Incluso en estas circunstancias estaba seguro de eso.

Retiré mi mano de la frente. Tenía la piel fría, sin sudor. La fiebre había cedido en parte. Respiré con alivio el aire fresco, suave, tonificante, que se extendía por mi hogar, repentinamente ensombrecido y siniestro.

Aire fresco.

La idea me golpeó como un mazazo. Era eso. No sudaba. No tenía calor. El aire se graduaba a mi necesidad física. Había frescor en la vivienda. Sencillamente, el climatizador ya se había reparado por sí solo.

Me incorporé, ceñudo. Había una serie de cosas raras allí. Una avería prolongada, que el climatizador no reparaba por sí misma, como era normal en los aparatos domésticos de nuestra época… Y ahora, de repente, estaba reparada sin más. Como si nunca hubiera estado averiado.

Sentí deseos de llamar a Nemrod y preguntarle si su proveedor de alimentos funcionaba correctamente. Aparté de mí esa idea ridícula. Había cosas más importantes que un climatizador o un proveedor de alimentos averiado. Mucho más importantes.

Por ejemplo… una mujer artificial. Un monstruoso muñeco mecánico, con el que uno sabe que se ha acostado noche tras noche, ha vivido amorosamente unido, y ha sentido vivir y palpitar a su lado. Una esposa-robot. Una monstruosidad electrónica, capaz de engañar a cualquiera. Con luz de amor en los ojos, con pasión en los brazos, con deseo en el cuerpo, con sangre en las venas. Y, sin embargo… controlada por circuitos electrónicos. Por pura y fría Cibernética.

—¿Cómo pude llegar a amarte? —gemí—. ¿Cómo se puede uno enamorar de un muñeco, Ada? ¿Qué había en ti, para sentirme atraído por tu feminidad y tu ternura, por tus ojos, por tu modo de ser y de sentir? ¿Qué diabólico poder te concedieron al crearte en un laboratorio, como un moderno Prometeo, como un renovado y escalofriante Frankenstein de los nuevos tiempos? Oh, Ada, quisiera saberlo. Deseo, *necesito* saberlo… porque a pesar de todo, sin que yo lo entienda… todavía te amo.

Pero ni siquiera me cabía la esperanza de que el espíritu de Ada me escuchase, de que su alma captara en el más allá mi postrer mensaje desesperado de hombre amante, de esposo enamorado.

Porque los muñecos, por perfectos que sean… no tienen alma.

Decidí que necesitaba ayuda. Imperiosa, urgentemente.

Pero no por transmisor. No por interfono. Debía recordar que el Estado siempre controlaba esas cosas. El Sistema era el cerco eterno que le asfixiaba a uno. No llamaría a Nemrod. Comunicaría personalmente con él. Saldría de mi casa, quebrantando una serie de rígidas leyes urbanas. Iría a la suya, no demasiado lejana.

Estaba decidido.

Salí de casa. Cerré tras de mí, con el sistema de seguridad, dejando el "cadáver" de Ada como único ocupante de aquella vivienda, convertido repentinamente en algo más que una simple tumba de ilusiones.

Fue como dejar un panteón diabólico, en plena noche, a mis espaldas. Un panteón donde lo único que reposaba muerto… era algo que jamás tuvo auténtica vida.

* * *

—No, Cole. No puedo creerlo…

—Ven conmigo, Nemrod. ¡Ven conmigo a casa! Lo verás con tus propios ojos.

—¿Estás loco? —protestó él—. Sería quebrantar una ley. Tú sabes lo respetuoso que soy yo con las leyes. Aún no entiendo cómo se te ocurrió… salir de casa a estas horas y venir a verme a mí. Eso… eso incluso puede comprometerme ante las autoridades, Cole.

—¡Oh, Nemrod, siempre serás igual de conservador y estricto

cumplidor de las reglas establecidas! —me exasperé.

—¿Se puede ser de otro modo en nuestra actual sociedad? —dudó él.

—No, conforme —admití de mala gana—. Tienes gran parte de razón, pero cuando todo se ha derrumbado alrededor de uno, cuando todo se siente perdido definitivamente, se tiene que ir contra la rutina, romper con los moldes, rebelarse contra el destino y contra todo, para ver de hallar una explicación, una solución. Eso es lo que me ocurre a mí, Nemrod.

—Cálmate, amigo mío —me rogó—. ¿Seguro que no sufriste alucinaciones, que no has tenido una pesadilla y, tras despertar de ella, no has venido aquí, sin tiempo para comprobar que lo que crees haber visto y vivido es tan falso como tus impresiones mismas?

—¿Falso? —dije amargamente—. Mírame, Nemrod. ¿Son falsas estas heridas, estos cortes profundos que Ada —o su muñeco—, me causó?

Ante sus propios ojos procedí a arrancarme brutalmente los apósitos adhesivos de mis heridas. Los cortes profundos, apenas cicatrizados, aparecieron ante su mirada horrorizada, cruda y bruscamente. Le vi retroceder, vivamente impresionado. Pero fui más allá, mientras su palidez se tornaba más intensa por momentos.

—¿Y "esto", Nemrod? ¿Es esto un ojo humano, realmente? Sin embargo..., sin embargo, amigo mío, "lo arranqué de entre los párpados" del cadáver de Ada, hace sólo unos minutos...

Al tiempo que hablaba, ponía en su mano aquella esfera acristalada, gelatinosa y blanda, con pupila verde y blanco globo terso, cruzado de leves hilillos sanguíneos. Estremecido, con una mezcla de pavor y de repugnancia, Nemrod palpó aquella esfera pulposa, que parecía real, como el ojo y la córnea de un ser humano. Pero su presión posterior y el examen de su apariencia, le reveló algo que se resistía a admitir.

—Es... es plástico —jadeó, tragando saliva con dificultad—. Un plástico especial, blando y gelatinoso, tremendamente parecido al globo ocular humano...

—Exacto —suspiré—. Detrás de eso, sólo circuitos electrónicos. Cables, electrodos, transistores y todo eso. ¿Lo entiendes ahora? No he podido soñar, ¿verdad? Mis heridas, ese ojo, lo demás... ¿Por qué no vienes a comprobarlo, Nemrod?

—¿A comprobar qué, amigo Cole?

Me volví. Oona, la joven esposa de Nemrod, había entrado en la sala, envuelta en su bata de seda plateada, con evidentes señales de sueño en sus ojos.

—Oh, Oona, lo siento de veras —me excusé—. Es una historia demasiado horrible para revelártela a ti…

—¿De veras, Cole? —me miró fijamente—. Somos amigos, ¿no? Si se lo has contado ya a mi marido, ¿por qué no a mí? Vamos, hazlo, te lo ruego.

Se lo conté. Oona me escuchó en silencio, sin interrumpirme. Al final, permaneció silenciosa unos momentos. No sé si no me creía una palabra, o trataba de asimilar lo que parecía no tener sentido alguno para ella.

Pero finalmente, cuando habló, fue mucho más decidida y rotunda que su esposo.

—Vamos, Nemrod —dijo a su marido—. Acompañemos a Cole. Hay que comprobar todo eso en su propio domicilio.

—Pero, Oona… —empezó a protestar mi amigo.

—Vamos —insistió ella, tajante—. Creo que no hay otra salida, querido.

Y salimos los tres hacia mi casa.

* * *

—Seguidme —invité, apenas abrí la puerta de la vivienda, tras una temerosa ojeada al exterior, a las calles largas, desiertas y luminosas de la gran urbe en silencio, fría y dormida, donde quizá nosotros tres éramos los únicos en mantenernos despiertos, contraviniendo toda clase de ordenanzas al efecto.—¿Está en la cocina aún? —indagó Nemrod, con voz temblorosa.

—Sí —afirmé—. No podía…, no podía mover su cuerpo, transportarle a ninguna parte. Era demasiado horrible. Ya lo fue el simple hecho de cubrirla con una tela, de descubrir todo lo que, desgraciadamente, quedaba de Ada…

No dijeron nada. Oona me miró compasivamente. Sentí su mano cálida en mi hombro, oprimiéndolo afectuosa, como confortándome

en tan terribles momentos. La miré. Sus ojos azules estaban distantes y fríos, como reflexionando sobre algo. Pero se animaron al verme, y hasta vi en ellos el centelleo de una luz risueña, como la sonrisa que dibujaba débilmente su boca. Los rojos cabellos caían suavemente sobre sus hombros y frente, en un peinado sin grandes novedades, que hacían brillar el tono cobrizo de aquel pelo suave y sedoso.

—Animo, muchacho —me dijo con ternura—. Tiene que haber una explicación para todo esto. Sea lo que sea, tiene que haberla en alguna parte, puedes estar seguro de ello. Y cuando demos con ella, todo nos parecerá ridículo.

—Oona, no la hay en ningún sitio —lamenté—. No puede haberla. ¿Cómo se explica que el ser a quien amas, alguien con vida, palpitante y sensible, termine siendo solamente un... un robot, una máquina, un juguete espantoso?

Enmudeció, inclinando la cabeza. No comentó nada. Creo que se sentía tan desorientada como yo. Nemrod, en cambio, tenía una rara presencia de ánimo. Seguía a mi lado, y se movía con decisión camino de la cocina.

Incluso llevó su espíritu animoso hasta el punto de desviar mis preocupaciones hacia un aspecto puramente trivial de los últimos acontecimientos:

—Mi maldito proveedor de alimentos sigue igual —se quejó—. Averiado. Hasta los buenos filetes de carne salen apestando, maldita sea... ¿Y tu acondicionador de aire? Parece que marcha bien...

—Sí, es cierto —suspiré, sintiendo el aire fresco del climatizador, mientras nos movíamos hacia la ya cercana cocina—. Estuvo averiado toda la noche. Pero se reparó, finalmente. Casi coincidió con... con la "muerte" de Ada... o de ese muñeco llamado "Ada"...

Repentinamente, se me había ocurrido algo, que incluso llegó a sobresaltarme. Mientras hablaba, miré a Nemrod. Fue justamente cuando entrábamos los tres en la cocina. Y en ese momento, la exclamación repentina de Oona, nos llenó de asombro a los dos. Especialmente, a mí:

—Cielos, Cole, ¿estás seguro de no haber soñado? ¿"Dónde" está Ada? Aquí... aquí, por lo que veo..., "no hay nadie".

Y era verdad. Oona decía solamente la pura y desnuda verdad.

En la cocina no había nada ni nadie. Ni el menor rastro de mi

esposa Ada, de su cuerpo, de su sangre, de la espantosa presencia de aquel cuerpo mecánico, frío como la misma muerte...

* * *

Nada. Nadie.

—No, no... —rechacé, horrorizado—. Eso es... es imposible. No puede haber sucedido, Nemrod. Oona, por Dios, no me mires así... Yo... ¡yo juro que ella estaba ahí, muerta! Bueno, no era ella, no..., no estaba muerta exactamente..., porque los muñecos no mueren, pero... pero te aseguro que estaba ahí, que yo la golpeé, que todo sucedió como os dije... ¡Tenéis que creerme, no penséis que estoy loco!

—Yo no pienso nada, Cole —murmuró roncamente Nemrod—. No he dicho que estés loco, amigo mío, pero... pero ¿dónde está ella? Sea un ser humano o sea una simple muñeca mecánica..., ¿"dónde" está Ada? Es lo único que quisiera saber...

Maldito Nemrod... Yo también. Yo también quisiera saber eso, pero no era fácil. No, nada fácil. Aquella terrible soledad de la cocina, vacía y sin huellas... Era delirante. Porque yo, yo mejor que nadie en el mundo, sabía que no pude soñar, que no tuve pesadilla alguna, que esa posibilidad era un perfecto disparate, un imposible. No era un sueño. Era una realidad fría y demoledora para mí. Y, sin embargo...

Sin embargo, ellos tenían razón. ¿Dónde estaba Ada ahora?

Se suponía que yo la dejé en la casa vacía. Se suponía que el cuerpo, artificial o no, no podía moverse. Y que nadie podría entrar clandestinamente en mi casa, habiendo cerrado la puerta al salir con mi propia llave magnética, imposible de falsear, y que en realidad había terminado con la delincuencia propiamente dicha. El robo, el expolio, el allanamiento de morada, era imposible con el Sistema.

Clavé los ojos en el pavimento terso, lustroso, pulcro, como si nada hubiera ocurrido allí jamás...

El Sistema... ¿Era posible que ellos fuesen creadores de aquel robot humano? ¿Ellos fueron los que se deshicieron de él, mientras yo estaba fuera de casa, pidiendo ayuda a unos amigos?

Demasiado sutil, pensé. Demasiado sinuoso para el Sistema. Ellos eran directos, fríos, inapelables... Hubieran estado esperándome con una patrulla. O con un equipo de Sanidad, para declararme loco. Hubiesen inyectado a Oona y a Nemrod, haciéndoles olvidar cuanto

sabían. Ellos poseían ese arma en sus manos: inyectables de amnesia total o parcial, que hacían de unas personas conscientes unos monigotes. Era... era "otro" modo de mover los hijos de unas marionetas. Otro modo de crear muñecos. Pero no aquél.

—Dios mío, si lograra entenderlo... —gemí amargamente, sepultando el rostro entre mis manos.

—Serénate, Cole —habló Nemrod, sereno a pesar de todo—. Lo cierto es que nos has contado una extraña historia, difícil de creer. Pero ahora no se confirma. Y, por otro lado, yo me pregunto y te pregunto a ti: ¿dónde está Ada, tu esposa? ¿Dónde se halla la verdadera Ada?

Hubo un tenso silencio. Repentinamente, le miré con astucia, con un destello de inteligencia en mis ojos, que obtuvo réplica en los de Nemrod. Oona, rápidamente, terció :

—Lo cierto es que no está aquí, ni física ni mecánicamente. En tanto no se aclare eso, no veo posibilidad de seguir adelante con nuestras deducciones. ¿Por qué no avisamos a Sanidad, querido Cole, para que se cuide de ti durante esta noche? Acaso mañana todo se aclare, Ada aparezca, y todo se vea de diferente modo a la luz del día.

Nemrod seguía mirándome. La sugestión de su esposa era convincente. Y muy cómoda, por otro lado. Bastaría una llamada. Los de Sanidad vendrían a por mí. Me internarían, a petición de mis amigos. Esperarían a que Ada apareciese. Si nunca aparecía, no sé lo que terminaría por suceder. Quizá me dejasen internado. O me declarasen loco. O culpable de asesinato. O cualquier otra atrocidad...

Moví la cabeza enérgicamente. Negué, rotundo.

—No, no —rechacé—. Eso nunca. No quiero médicos. Ni policías. Antes, necesito aclarar lo que sucede hoy aquí. Alguien entró en mi ausencia. Y se llevó el cuerpo... o lo que fuese... de Ada, mi mujer. Eso es lo que ha sucedido. De lo único que estoy seguro.

—¿Y lavaron la sangre del suelo y los muebles? —dudó Oona, con tono escéptico.

—Sí, sí, ¿por qué no? —protesté vivamente, con tono enfático, tratando de convencerles. Acaso porque, ante todo, necesitaba convencerme a mí mismo—. Si entró alguna persona, pudo hacer ambas cosas. Ha habido tiempo suficiente. Incluso les ha sobrado, sin duda...

—Pero... ¿quién, Cole? —protestó ella—. ¿Quién? Eso es lo que yo quisiera saber. Tú conoces, lo mismo que todos, la "imposibilidad" de que existan dos llaves magnéticas iguales, en todo el país. Y si cerraste con ella, y Ada estaba muerta... o lo que fuese, como tú mencionabas antes..., ¿qué explicación darías a todo esto?

Incliné la cabeza. Estaba aturdido, virtualmente roto por el alud de acontecimientos insólitos de que había sido protagonista en las últimas horas. Era horrible ver a Ada convertida en una muñeca rota, en un robot inutilizado y espantoso. Pero aun eso, hubiera sido mejor que no ver nada, que descubrir la cocina vacía, carente de prueba alguna que diera la menor fuerza a mis comentarios delirantes.

Oona se había desentendido ya de nosotros. De su esposo y de mí. Curiosa, siempre femenina, se dedicaba a curiosear en la cocina, yendo de acá para allá, acaso buscando algún indicio, por leve que fuese, que diera visos de verosimilitud a mi rara historia de aquella noche. La vi inclinada sobre los hornos eléctricos y los departamentos proveedores de alimentos, junto a las plataformas donde se alineaban los útiles de cocina. De allí, evidentemente, en un momento dado, Ada había obtenido el cuchillo contundente y terrible que pudo haber significado mi muerte. La sola evocación de ese momento me estremeció.

—Vamos, vamos, Cole —me confortó mi amigo Nemrod, palmeando mi hombro afectuosamente, con una sonrisa amplia, aunque forzada sin duda—. Hay que tomar conciencia exacta de los hechos y ver lo que hacemos. Todo esto debe tener una explicación, por rara que sea. Tratemos de encontrarla juntos, ¿no te parece?

—No, no me parece —rechacé—. No creo que haya explicación para nada. No puede haberla, si Ada ha desaparecido en mi ausencia. Esto es para volverse loco. Tal vez es lo que alguien esté intentando, amigo mío...

—Bah, olvida esas tonterías. No hay razón para suponer tal cosa. Sin embargo, antes hablaste de algo razonable. Me intrigó. Tu avería de la climatización... se arregló sola, ¿no es cierto?

—Claro. Actuaron los mecanismos, sin duda. Como siempre.

—Sí, como siempre. Pero esta vez tardó bastante, ¿no es cierto? —los ojos de Nemrod me miraban astuta, fríamente, con una rara expresión que yo no entendía. Incluso había bajado un poco la voz, de modo inexplicable para mí.

Me vi obligado a asentir:

—Sí, eso es verdad. Un poco tarde... Justo cuando... cuando Ada yacía ahí, rota... Rota lo mismo que un monigote ridículo, Nemrod...

—Tuviste suerte —resopló Nemrod—. No, no me refería a lo de Ada, está claro. Sino a la reparación automática. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Yo intenté reparar por mí mismo lo del proveedor de alimentos. Sabes que estudié en mi juventud electrónica y todo eso... Bueno, pues fracasé. Y fracasé porque... porque en casa hay "otra" avería electrónica que provoca una especie de ruptura de circuitos generales, y... —se detuvo. Se enjugó el sudor, frunciendo el ceño—. Diablos, Cole, para tener arreglado el climatizador, hace demasiado calor aquí...

Le miré, perplejo. De repente, me di cuenta. Mi piel aparecía húmeda. Empapada. Mi frente transpiraba, sin que yo hubiera llegado a darme cuenta exacta de ello. Miré mecánicamente el indicador de temperatura de mi cocina: ¡noventa grados Farenheit...! (1[4])

Era demasiado calor. Y ni siquiera lo había advertido, en la tensión de aquellos instantes. Miré sorprendido a mi amigo. Le vi levemente pálido. Respiraba agitado.

—No entiendo... —murmuré—. Estaba todo bien... Lo estaba cuando ella ya no existía, cuando abandoné esta casa... Incluso cuando... cuando volvimos... nosotros tres, Nemrod. No es posible que otra vez...

No le entendí. Pero él, rápido, con un rostro lívido y convulso que me resultaba por completo incomprensible, me hizo un rápido gesto, una viva y apremiante indicación de silencio y de cautela que no tenía mucho sentido en apariencia.

En su muñeca, vi algo raro. Llevaba una pulsera metálica con una especie de botones o incrustaciones circulares. Una de ellas parpadeaba débilmente, con claridad azulada. Lo contemplé, mirándole luego a él.

—¿Qué diablos...? —empecé.

Me hizo callar con otro gesto vivaz. Luego, repentinamente, tuve la intuición de un terrible peligro cercano. No supe por qué, pero giré la cabeza. Miré hacia Oona.

La pelirroja y bella esposa de Nemrod... ¡nos atacaba, con expresión demoníaca, empuñando una formidable hacha de cortar

carne, cuyo filo centelleó a la luz lívida de mi cocina!

CAPITULO IV

El filo del hacha cayó sobre el mueble, levantando astillas de plástico.

Un momento antes, en su trayectoria, estaba el cuello de Nemrod, su propio esposo. De no haberse desplazado él vertiginosamente, ahora estaría muerto. Decapitado.

Yo, también me desplacé hacia otro lado, con expresión de horror sin límites.

—¡Oona! —rugí—. ¡Oona, por Dios! ¿Es que te has vuelto loca? ¿Qué es lo que estás haciendo? ¡Esto... esto es un intento de homicidio!

Ella me miró con extraña expresión rabiosa. Sus ojos fulguraban, incluso sus pupilas parecían chisporrotear. Como... como la única pupila vidriosa de Ada, tras su muerte...

Nemrod me avisó, cuando ya Oona esgrimía el hacha de cocina en dirección a mi propia cabeza, delirante y horrible su expresión:

—¡Colé, no trates de disuadirla! ¡Colé, amigo! ¿Es que no lo entiendes? ¡Es "igual"! ¡Igual que lo que me contaste sobre Ada! ¡Apártate de ella, pronto! ¡Apártate...!

Le obedecí. Y muy a tiempo. El hacha silbó en el aire. Si me hubiera alcanzado, hubiese sido fatal. Yo no estaba físicamente en condiciones de resistir otra herida, otro golpe que me hiciera sangrar. Podía serme funesto, dada la hemorragia anterior.

Nemrod, no sé si por esa causa o por alguna otra que sólo él sabía, se apresuró a intervenir, arrojándose sobre su propia esposa, al tiempo que gritaba:

—¡Oona, escucha! ¡Soy yo, tu esposo! ¡No puedes hacerme daño! ¡Escúchame...!

No le escuchó. Porque, de no haber saltado Nemrod a tiempo, con una zambullida que yo no hubiera esperado en él, dada su fornida humanidad, el hacha le hubiese seccionado acaso la yugular. O, cuando menos, su brazo alzado, su mano extendida hacía ella. Pero nada de eso sucedió. Y todo, porque el filo criminal zumbó en el aire, abriendo acaso una brecha en el mismo, pero no en la carne mortal de

Nemrod.

Creo que entendí entonces. Justamente entonces. Un rayo cegador de luz se abrió paso en mi mente torpe y enturbiada por tantas emociones.

El climatizador averiado, el proveedor de alimentos averiado, la nueva avería de mi aire acondicionado... Ada, Oona... y Nemrod. El había entendido antes que yo. Quizá era más listo. O quizá había reaccionado con mayor frialdad, porque él no era el afectado directamente por el primer suceso.

Miré a Oona con una nueva expresión en mi rostro. Y con nuevas ideas en mi mente. Pensé algo. Nemrod retrocedía. Oona le iba a atacar con maligna expresión. Miré la botella de metal...

Me estremecí. No. Era demasiado horrible. Otra cabeza, otro ser atacado así...

Retiré ojos y mano de la botella. Tuve una idea mejor. Y no sé por qué, súbitamente, la puse en práctica.

Corrí al cuadro parcial de control de la cocina. Arranqué la tapa plástica de golpe. Mis manos aferraron los electrodos que controlaban el funcionamiento de los mecanismos de alimentación de mi vivienda. Tomé las entradas de mayor voltaje. Repentinamente, tiré de sus cables, los quebré... y al tiempo que saltaba atrás, lo más lejos posible, uní los polos opuestos de la línea de alta tensión existente en todas las casas de la época.

La descarga eléctrica fue formidable. Como si un poderoso rayo hubiera caído en la casa. Toda la cocina se iluminó de modo dantesco, cegador. Caí atrás, deslumbrado, sintiendo mi cuerpo todo sacudido por un espasmo brutal, electrizante.

Pero algo más sucedía en otra parte de la cocina. Nemrod, lívido, encogido en un rincón bajo la amenaza del hacha en la mano de Oona, su esposa, contemplaba con ojos desorbitados la escena que tenía lugar ante él.

Miré a Oona.

Creo que nunca sentí más terror que en ese momento, a pesar de que lo esperaba.

Oona, la esposa de mi amigo Nemrod, estaba parada, como petrificada en medio de la cocina. De su mano crispada, caía el hacha, entre destellos chisporroteantes de luz azul. Y de su cuerpo, de su

cabeza, a través de sus ojos, boca, nariz y oídos... brotaban extraños zumbidos inhumanos... y un inquietante humo azulado, entre chisporroteos que producían quemaduras en su cuerpo. Luego, como un pelele, igual que un siniestro monigote humeante, se desplomó, rígida, en el suelo, ante el horror mío y de Nemrod, su esposo...

* * *

Nos miramos los dos. Luego, miramos el cuerpo tendido en el pavimento. El habló primero: —Todo ha terminado, Cole... Todo. —Sí —musité, afirmando con la cabeza—. Te entiendo. Sé lo que sientes. Yo también lo he sentido antes...

Otro silencio interminable y doloroso se extendió entre ambos. Le oí susurrar al fin: —Oona... Mi Oona...

Y ya no supo qué más decir. Era tremendo. Yo tampoco podía despegar los labios. Me limitaba a mirar al suelo, a "aquello" que yo pensaba que era Oona. Y que, sin duda, producía ahora en Nemrod la misma terrible impresión que me produjo a mí Ada.

La figura chisporroteaba por muchos puntos. Lo que parecía carne humana, humeaba, con un extraño, fétido olor... y se arrugaba y oscurecía, en una combustión que salpicaba de lunares negruzcos su epidermis. Por sus ojos, horriblemente vaciados, por su crispada boca informe, la humareda era más intensa, con fuerte hedor a materias eléctricas quemadas. Ciertamente, en aquel cuerpo nada había que fuese en verdad humano.

Oona había sido una buena copia, una imitación casi perfecta de una criatura humana. Pero solamente una copia, a fin de cuentas.

No estaba aún muy seguro del motivo de mi reacción. Lo cierto es que actué tal y como presentí que deseaba hacerlo Nemrod. Ahora, al contemplarla, descubría en él más ira que dolor. Más odio que sufrimiento.

Ira y odio... ¿hacia qué o hacia quién? Eso es lo que hubiera querido saber. Y, posiblemente, él también.

—Nemrod... —comencé tras un silencio—. Lo siento de verdad. No debí hacerlo...

Me miró con una fijeza y frialdad que casi lograron aterrarme. Estaba lívido pero lleno de serenidad. Asintió, seco.

—Sí, Cole —dijo—. Sí debiste hacerlo. Es lo justo. Otra cosa sería querer seguir cerrando los ojos a la realidad.

—¿Y... no era mejor eso?

—No. Nunca es mejor saberse engañado y dejar que nos engañen. Vale más así.

—Pero... ¿qué va a suceder ahora? ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé —suspiró, levantándose con aire aturdido—. Pero algo se hará, no lo dudes.

—¿Cómo..., cómo supiste...? —comencé. Y no me dejó terminar.

—Las averías eléctricas. Tú sufrías una... y se reparó al ser destruida Ada. Luego, al entrar nosotros... se provocó de nuevo. La avería de mi casa continuaba igual...

Sumé dos y dos... y me dieron cuatro. ¿Lo entiendes. Cole?

—Sí. Pensaste que eran ellas...

—Eso era. Ellas eran las que sufrían alguna "avería". Y eso provocaba una especie de interrupción de circuitos en los sistemas electrónicos. Si nada sucedía, es que estaba equivocado.

—Pero sucedió.

—Sí... Sucedió. Era Oona. Ella, como Ada, también sufría un daño en sus propios circuitos electrónicos. Es tal como sospeché, maldita sea.

—Estuvimos siempre unidos a... a unas hermosas muñecas mecánicas, Nemrod.

—No —negó rotundamente con la cabeza—. No, Cole.

—¿No? —le miré ahora yo, a mi vez, con un aire de sorpresa evidente—, ¿Qué quieres decir con esa negativa? Acabas de comprobarlo, igual que yo.

—He comprobado que "esa" Oona era artificial. Como creí tu fantástica historia, y estuve convencido de que Ada era un muñeco., al menos esta noche. Quizá otras noches, otros días también. Pero no "siempre".

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que... que "nos las han suplantado", Cole —remachó él fríamente.

* * *

—¿Suplantado?

Su pregunta estaba llena de inmenso asombro. Me contempló, como esperando a ver qué más tenía yo que añadir. Lo cierto es que no había mucho más.

Contemplé, como fascinado, su singular atractivo. Era diferente a Ada, sí. Pero de una hermosura fuera de serie. Sus cabellos oscuros eran casi azules a la luz. Sus ojos fulguraban, como dos cuentas de ámbar, con destellos dorados en las pupilas. La suave piel bronceada, era tersa y sedosa. Las formas de mujer, agresivas, insultantes de atractivo y de sensualidad.

—Sí, Yade —confirmé roncamente—. Suplantadas. Nos suplantaron a nuestras esposas. Han desaparecido ellas y, en su lugar, sólo había dos muñecas. No lo entenderás, sé que pensarás que estoy loco, pero afortunadamente somos ya dos los que hemos vivido una experiencia tan terrible, Yade. Y te aseguro que no tiene nada de envidiable. Resulta estremecedor, espantoso por completo...

—Pero... pero ha de tener una explicación... —parpadeó ella, con gesto de asombro, de incertidumbre, luchando sin duda contra su propia incredulidad.

—La tendrá tal vez, pero no logramos verla por parte alguna. Yo sospechaba del propio Gobierno. También Nemrod. Luego hemos empezado a preguntarnos si, realmente, al Sistema le conviene suplantar a nuestras esposas por mecanismos electrónicos perfectamente conseguidos en una imitación alucinante de la vida humana. Y hemos llegado a la conclusión de que no.

—Entonces... ¿quién?... —abrió enormemente sus bellos, atónitos ojos.

—Ahí está: ¿quién? Empezamos a temer que se trate de una gigantesca trama para ir suplantando paulatinamente a los seres vivientes por... por autómatas.

—¿Un hecho delictivo imaginado por superhombres? —dudó ella —. ¿Con qué objeto?

—No lo sé. Son sólo teorías, Yade.

—¿Has pensado acaso en... en extraterrestres? —brillaron sus ojos con cierta astucia, al sugerirme la posibilidad.

—Pudiera ser —me encogí de hombros—. Es una posibilidad. Lo cierto es que difícilmente convenceríamos al Sistema de lo que está sucediendo.

—¿Por qué? ¿No tenéis una prueba, cuando menos? Alguien hizo desaparecer el cuerpo mecánico de tu falsa esposa, Cole. Pero está Oona todavía...

—¿Qué podemos hacer? ¿Llevar ese cuerpo a la policía? Dirán que es obra nuestra. O que hemos pretendido asesinar a nuestras esposas, imaginando la historia de este fraude, como coartada. No sé, es algo tan anormal... Incluso cabe la posibilidad de que el Gobierno vea en ello algo peligroso para su seguridad, y nos interne sin más explicaciones en un Centro de Rehabilitación Psíquica, ocultando al mundo lo que sucede.

—Sí, eso es posible —asintió Yade, preocupada. Mi compañera no se mostraba molesta ni disgustada porque la hubiera despertado a semejantes horas para hacerla partícipe de mis temores y de mis angustias de aquella alucinante madrugada. En vez de ello, desde un principio, había acogido serenamente la situación, ayudándome con su comprensión y buen juicio. Y, sobre todo, con su pasmosa sangre fría y su equilibrado cerebro. Era maravilloso tener una compañera como Yade.

Di unos paseos por su gabinete. Tomé un sorbo del café que ella me había servido momentos antes, pasada la primera sorpresa ante mi visita. Era de noche, y las grandes vías urbanas se mostraban silenciosas y desiertas. Dentro de su pequeño hogar de muchacha soltera, me hallaba confortablemente. Pero si las patrullas de vigilancia urbana descubrían la intromisión, me iba a costar caro el atrevimiento.

—En suma, Cole —habló ella tras un silencio, acercándose a mí —. No sabes qué hacer ni qué pensar...

—Exacto —la vi sentarse a mi lado. Su corta falda moderna, permitió que su muslo bronceado rozara mi pierna. Me estremecí. La vecindad de una muchacha como ella, siempre era inquietante. Incluso ahora—. Me siento como enloquecido.

—Es lógico, Cole. Ha sido un golpe terrible... —meditó,

mordiéndose el labio inferior, carnoso y sensual—. ¿Cuándo crees que tuvo lugar la… la suplantación?

—No es fácil adivinarlo —suspiré—. Quizás en mi ausencia… Me refiero a Ada, claro está. Sobre Oona, Nemrod cree que pudo ser el pasado fin de semana, cuando ella se ausentó para gozar de un breve descanso, mientras él, obligado por un trabajo, no podía salir de la ciudad. Pudo ser entonces. O cualquier otro día. Lo terrible es que esta misma noche, yo besé, abracé a mi esposa, la tuve junto a mí, hablé con ella… y todo funcionaba perfectamente. No se podía sospechar ni de modo remoto en una suplantación. Menos aún en… en un robot.

—Entiendo. Es perfecto. Piensa, habla, se mueve, actúa como ella misma…

—Eso es. No hay nada mecánico ni frío en su actitud. Incluso la memoria es idéntica. Posee sus recuerdos, sus reacciones, sus hábitos más triviales… De no producirse la avería, nunca lo hubiera sospechado.

—Una avería común a ambas. Eso significa que algo falla, pese a la perfección aparente de los mecanismos utilizados. No todo es perfecto, y se produce ese circuito alterado, que a su vez altera algún otro del hogar, por simple simpatía. Todo eso está claro, Cole. Lo que ya no lo es tanto… es el porqué de todo esto. ¿Qué ventaja, qué beneficio sacaría alguien de poner en lugar de uno de nosotros a uno de sus horribles muñecos, Cole?

—Es la pregunta que me obsesiona —gemí, cubriendo mi rostro con ambas manos.

Hubo un prolongado silencio en el gabinete. Yade no habló por el momento. Sin duda se dedicaba a reflexionar. Yo, mientras tanto, pensaba con intensidad, trataba de salir de mi aturdimiento, sin conseguirlo.

Al fin, oí la voz de Yade:

—¿Y Nemrod? ¿Dónde está ahora tu amigo?

—Ocultando el cuerpo de Oona. No quiere destruirlo, sino esconderlo, como una posible prueba para un futuro inmediato. En cambio, el cuerpo de la falsa Ada no aparece por parte alguna. Quien se lo llevó en mi ausencia, para hacer desaparecer la evidencia, no sé dónde pudo ponerlo…

Otro silencio difícil. Obviamente, ni ella ni yo nos sentíamos

demasiado seguros de nosotros mismos. Y había, evidentemente, razones poderosas para ella.

Me incorporé. Miré por la ventana, a la ciudad silente, casi monstruosa en su quietud. Era como si nada sucediera. Como si la vida fuese igual, día tras dia.

Sin embargo, algo estaba sucediendo, para que dos mujeres, dos esposas de dos hombres perfectamente vulgares, hubieran sido substituidas por... por dos monstruos mecánicos.

De súbito me incorporé. Miré fijamente a Yade. Ella estaba distraída. Me volvía la espalda, mientras revisaba un listín de nombres y direcciones, junto a su televisófono.

—Creo que haré algo por vosotros —decía, sin mirarme—. Ya sabes que tengo algunas amistades importantes en ciertos círculos oficiales. Una de ellas es la del profesor Zoltan Vaal. Un genio de la Electrónica, como bien conoces. Nos recibirá hoy mismo, estoy segura. Y nos escuchará. De eso me encargo yo, Cole...

La seguí mirando fijamente. A su cuello, a su hermoso cabello negro-azul, a su figura espléndida, a sus piernas bien formadas, a sus caderas sinuosas y sus nalgas rotundas.

Pero no pensaba en nada de ello. Ni siquiera pensaba yo en lo que estaba diciendo, mientras buscaba la dirección de aquel científico.

Estaba fijándome en el indicador de los controles electrónicos de la casa, situado en el muro, frente a mí. De su buen funcionamiento dependía el de todos los modernos métodos de confort hogareño.

"Y estaba averiado".

Un sudor frío invadía mi cuerpo de repente. Otra avería electrónica...

También en casa de Yade. Eso, sólo podía significar una cosa...

Pero ahora iba armado. Adecuadamente armado, por indicación de Nemrod. Extraje de mis ropas un pequeño dispositivo cilíndrico. Era un aparato eléctrico, con el que se podían producir y propagar determinadas radiaciones capaces de interceptar y alterar los circuitos electrónicos...

—Yade —murmuré fríamente.

—¿Sí? —ella se volvió, mirándome con extrañeza. Clavó sus ojos

en el extraño objeto, enarcando sus azules cejas con perplejidad—. ¿Qué es eso, Cole querido?

Seguí mirando a mi hermosa compañera de trabajo. Era doloroso, inconcebible. Pero debía de hacerse. Algo de la frialdad y de la rabia inconsciente de Nemrod se me había contagiado también a mí.

Ahora hablé con tono monocorde, apoyando mis dedos en los resortes del pequeño objeto:

—Es... algo capaz de destruir ciertos impulsos electrónicos, provocando un cortocircuito muy poderoso, Yade —recité.

—Cielos, no... —se dilataron sus ojos—. No estarás pensando que yo "también"...

—La avería, Yade —dije, mirando un momento a] controlador del hogar, con fatiga—. La avería... Lo siento.

Y cuando ella entraba en acción, con un ronco grito de terror, oprimí el pulsador de mi pequeña arma eléctrica.

Un instante después, Yade estaba destruida.

INTERLUDIO

(DONDE EL PROLOGO CONTINUA)

Tengo que salir de aquí. Tengo que escapar.

Y ni siquiera sé adonde. Ni cómo.

Pero estoy intentando salir de la trampa de metal, plástico y asfalto en que me veo envuelto. Ir lejos, a alguna parte donde no me encuentren ellos. Los policías.

Las cosas han ido mal últimamente. Nemrod ha sido sorprendido. Y capturado por las patrullas urbanas. Ahora me buscan a mí. Me encontrarán. Ellos siempre encuentran a su presa.

Tal vez Nemrod les contó todo lo sucedido. Absolutamente todo: lo de Ada, lo de Oona... Incluso lo de Yade. Eso habrá sentenciado su suerte. Le internarán en alguno de sus malditos centros clínicos, donde le despojarán de la memoria, para hacer de él otra clase de autómata: un ser vivo pero sin recuerdos, que sólo recordará lo que ellos quieran imprimir en su mente...

Está sucediendo algo, evidentemente. Ellos lo saben ahora, como lo sabemos Nemrod y yo. Pero intentarán controlar la situación sin provocar alarma, terror o inquietud en la gente. Todo eso va contra sus principios políticos. La gente es sólo una masa dócil y callada. No se permiten individualidades. Ni rebeldías. Cualquier protesta es subversiva.

Buscarán la causa de lo que ocurre. Tal vez la hallen, o tal vez no. Algo, sin embargo, se habrá perdido para siempre: nosotros. Los que hemos llegado a saber que sucedía algo espantoso, y que nuestras esposas, nuestras amigas, eran suplantadas por muñecos, por robots.

El caso de Ada, de Oona, de Yade... ¿hasta dónde ha llegado ya? ¿Cuántas mujeres, al menos mujeres hermosas y jóvenes, han sido substituidas por las siniestras muñecas mecánicas?

Quisiera saberlo. También ellos. La búsqueda se iniciará pronto.

Destruirán a todas las que sean una simple copia, pero… ¿irán lo bastante de prisa? ¿No habrá más mujeres falseadas de las que ellos puedan destruir?

Quisiera, cuando menos, no estar solo en este trance. Tener a alguien a mi lado, tener alguien con quien hablar, con quien cambiar impresiones, para no volverme loco antes de tiempo.

Ese estúpido de Nemrod… ¿Por qué se empeñaría en ocultar también el cuerpo de Yade, una vez destruí yo los circuitos de su cerebro cibernético, al atacarla con el arma que podía aniquilarla sin violencia? Eso es lo que hizo que le sorprendieran y capturaran. Ahora, no puedo hacer nada por él. Nadie puede hacerlo. El Sistema es el más fuerte. La policía del Estado es invulnerable.

¿O se está tambaleando ya todo eso… a causa de las mujeres artificiales?

Esa es mi única duda por el momento…

* * *

Han pasado de largo.

Una vez más les he burlado en este maldito juego del escondite que hemos entablado en plena ciudad la policía y yo. Lo malo es que todo tiene sus límites. Y esto, más que ninguna otra cosa. Terminarán por cazarme. Es inevitable.

Pero de momento les burlé. Se han ido. Ya no hay reflectores alrededor mío. Ni patrullas policiales. Ya puedo salir del conducto de aguas residuales, del colector de la ciudad donde me he ocultado la última vez.

De todos modos, el amanecer está ya muy cerca. Empezará a salir la luz de un momento a otro, y entonces será más difícil. Me podré mezclar con la gente, por supuesto. Pero no podré salir de la ciudad. Ellos controlan ya a estas horas las salidas. Todas las salidas. Mi retrato, mis datos personales, el número y código de mi tarjeta de Identificación Personal, estará en todos los registros electrónicos de salida y entrada de la ciudad. Bastará con que lo presente en un acceso, para ser inmediatamente arrestado.

No hay salida posible. No hay evasión.

Sin embargo, debo huir. "Tengo" que huir.

No es sólo por mi terror al Sistema y sus métodos implacables de represión. Es algo más. Yo diría que mucho más. Es... Ada.

Ada. Mi esposa.

Yo solamente he matado a un muñeco. Me pregunto dónde está realmente ella. ¿Muerta, viva? ¿En la ciudad, fuera de ella? Necesito una respuesta. Ella fue suplantada, sí. Pero en alguna parte ha de estar su cadáver, cuando menos. ¿Qué hacen con las mujeres a quienes substituyen con esos muñecos, una vez hecho el cambio?

Quiero pensar que existe una esperanza, por remota que sea. Que aún vive. Que está en alguna parte, sea donde sea, esperando ser rescatada...

Suena ridículo, lo sé. Pero debo tener esperanzas. Es lo único que me queda.

* * *

Por el momento, está resultando más fácil que en plena noche. Me mezclo con la gente, voy y vengo, allí donde hay mayor contingente humano. Creo que solamente la gran colmena urbana, la masa ciudadana, es por el momento un buen refugio.

Además, confío en que mi cambio de aspecto me ayude en parte a pasar desapercibido. La peluca, las lentillas, estas ropas, grises como las de los demás, pero diferentes a las de mi condición social... Lo único de lo que no me es posible desprenderme es de mi tarjeta de identificación. Ese rectángulo de plástico metalizado, con el código y las cifras de identificación, legibles en cualquier máquina electrónica, con mis huellas y mi retrato magnético, es mi única forma de identificarme en cualquier lugar. Sin ella, soy un individuo que, al no poderse identificar en un momento dado, se convierte en un elemento incontrolado, al cual hay que destruir. Así actúa el Sistema.

A mi paso por la gran urbe, contemplo a las mujeres jóvenes y hermosas con las que me cruzo. Y a las de edad madura, y a las ancianas. ¿Son ellas, realmente, humanas? ¿Han sido suplantadas ya? ¿Lo serán también los hombres, tras esa primera experiencia?

Prefiero no pensar en ello. Camino, camino siempre. Erguido, seguro de mí mismo, convencido de que la más leve duda, el más mínimo gesto o ademán huidizo, puede provocar la sospecha de un agente, o la acción automática de un control invisible.

Así, lentamente, voy ordenando mis ideas. Unas ideas que deberían estar definidas lo antes posible, porque tengo que salvar a Nemrod de su horrible destino. Y tengo que saber lo que ha sucedido con Ada. También quisiera saber más, mucho más: por ejemplo, quiénes están llevando a cabo ese monstruoso plan, y por qué. Quizá con esa información, el Gobierno no sólo no me castigara, sino que agradeciese los servicios prestados, y me permitiera seguir disfrutando de mi existencia normal.

Pero, sobre todo, quiero saber qué le sucedió a Ada. Y, a ser posible… quiero vengarla, si esos misteriosos seres provocaron su muerte.

Vengarla, sí.

Eso satisfaría, cuando menos, mis sentimientos. Calmaría mi odio. Mitigaría en parte mi dolor.

Lo cierto es que, sin darme apenas cuenta, he encontrado un objetivo a mi vida, tan vacía desde que perdí a Ada : la venganza.

Pero la venganza… ¿contra quién?

* * *

El policía nunca supo lo que realmente le sucedía. Lo cierto es que, antes de que pudiera advertirlo o hacer algo por impedirlo, yo estaba sobre él.

Le golpeé con fuerza. Le abatí, arrastrándole luego al colector. Una vez allí, volví a contemplarle, pensativo. Se parecía a mí, en cierto modo, no me había equivocado. Mi misma estatura, mi color de cabello, el de las lentillas de mis ojos, pero él en sus propias pupilas… Podía resultar. Era mejor que nada.

Le despojé de su tarjeta de identificación y de sus ropas, a cambio de las mías. Le dejé bien atado y amordazado, en el punto menos visible del colector urbano. Esperaba tener, cuando menos, unas horas para actuar.

Ahora ya había dejado de ser Cole. Era el agente de la policía del Estado, número 1.034. De nombre, Lyman. Número de identificación: 138.122.730. Tarjeta Preferente, como oficial en servicio de la policía del Estado.

Me sentí lleno de fuerza y de autoridad. Con aquel casco gris,

marcado por el emblema del Gobierno, y mis frías ropas gris acero, parecía otro hombre. Solamente descubriría el fraude quien conociera personalmente a Lyman, o quien se molestara en comprobar mis huellas y mi retrato magnético de la tarjeta conmigo mismo. Eso no sucedería con un policía. Pero lo primero debía evitarlo. Lo mejor era enviar un mensaje por medio de grabación de texto, en una máquina cualquiera, informando de que el policía número 1.034 se ausentaba en un servicio especial de emergencia. Yo sabía, por haberlo visto dentro del Centro Alimentario donde trabajaba, que ellos transmitían, antes su número de policía, luego el de identificación y uno de Código cifrado, para emitir acto seguido su mensaje. Sabía que eso no podría engañarles por mucho tiempo, pero cuando menos, dispondría de una fecha de margen, por mal que fueran las cosas.

El código cifrado figuraba en la tarjeta. Solamente era legible dentro de una controladora electrónica. Resolví el problema por la vía rápida.

Poco más tarde, atacaba a un encargado de control de una de esas máquinas, y le dejaba inconsciente de un golpe. Apliqué allí la tarjeta, que me reveló el número de código en una cinta grabadora: 633-511. Destruí la cinta, una vez leída, y me alejé, seguro de que en cuanto volviera en sí, el individuo informaría a la policía de lo ocurrido. Pero no me había visto, y no podía decir que un policía le atacó. Les costaría tiempo y esfuerzo llegar a deducir por qué había sucedido algo así. Y para entonces, ya el agente Lyman habría sido desenmascarado por cualquier otra razón.

Transmití el mensaje al centro de policía, y luego me encaminé a una salida de la ciudad. Exhibí allí mi tarjeta, y pude abandonar la urbe sin problemas, incluso saludado por el funcionario de turno.

Un helitaxi me condujo a otra población próxima, mucho más pequeña que la gran urbe. Allí arrendé un vehículo privado, y me lancé en busca de la única posibilidad que tenía de investigar los hechos: el profesor Zoltan Vaal, la mayor eminencia nacional en Cibernética y Electrónica. Recordaba que Yade, la falsa Yade, lo había mencionado, como pudo haberlo hecho la verdadera.

Era una buena idea visitarle. El podía orientarme al respecto. Pero no hablaría con Cole, el hombre que perdiera a su esposa..., sino con el agente 1.034 de la policía del Estado, el oficial Lyman...

Segunda Parte

LAS DAMAS DE HAMELIN

CAPITULO PRIMERO

—Es una historia alucinante, agente Lyman.

—Lo es, profesor —asentí despacio—. He querido confirmarla personalmente con usted.

—Considero que es ridículo aceptarla como verosímil —sacudió la cabeza de un lado a otro, negativamente—. Es mi opinión personal, agente.

—¿Niega que sea posible ese hecho, profesor?

—No niego que sea posible. Lo que dudo mucho es que haya ocurrido.

—¿Cree que la Cibernética no puede crear artificios tan perfectos? —sonreí.

—La Cibernética, tal vez. Pero recuerde que hay otros elementos exteriores que no son sólo electrónicos —sus manos delgadas, largas y sensitivas se agitaron en el aire, mientras una vaga sonrisa escéptica iluminaba su enjuto semblante, bajó el cabello intensamente blanco, peinado desordenadamente—. Me refiero a la copia de la carne humana, de los ojos, de la sangre, de tantas y tantas cosas que pudieron engañar a personas que conocían tanto a las suplantadas… ¿Cómo lograr tal prodigio, agente?

—Supongamos que existen materias capaces de fingir a la perfección la carne humana, su piel, su temperatura incluso. Que se ha fingido un riego sanguíneo, unas pulsaciones cardíacas, en fin, todo. Limitémonos a la Cibernética: ¿es posible encerrar en una cabeza humana un cerebro electrónico que se equipare al humano?

—Rotundamente, no.

Era una negativa sin paliativos. Le miré, pensativo.

—¿Entonces…? —sugerí.

Se encogió de hombros. Era obvio que el tema le fastidiaba.

—Control remoto —dijo.

—¿Cómo?

—Control a distancia. Un supercerebro electrónico en alguna parte. Cada una de esas "copias" humanas sería sólo un receptor de impulsos, de pensamientos, de ideas, de recuerdos grabados en una máquina realmente enorme, como lo exigiría la creación de un cerebro central, capaz de controlar a otros dispersos por ahí. Los datos acumulados serían entonces infinitos casi, y requerirían una magnitud fuera de serie en el sistema computador central.

—¿Existe un cerebro electrónico semejante, en alguna parte?

—Cielos, no —rió entre dientes—. Los hay realmente maravillosos, pero no tanto. Piense que lo que almacena un cerebro humano, necesitaría un edificio entero para almacenarse en circuitos electrónicos con "memoria". Conque imagine usted varios cerebros simultáneos...

—Podría existir sin usted saberlo, profesor —sugerí.

—Me asombra su credulidad, agente —me contempló ceñudo, con verdadera sorpresa—. ¿Desde cuándo la policía del Estado se muestra tan humanizada y tan crédula?

Debía de tener cuidado. El viejo científico era muy astuto. Debía de actuar como un auténtico policía, no como un personaje del drama. Pero tuve una réplica feliz a sus palabras de reproche:

—Piense, profesor, que he sido testigo del fin de una de esas muñecas...

Me miró, sobresaltado. Evidentemente, la noticia le desconcertaba.

—¿Ah, sí? —jadeó—. Cielos, eso cambia las cosas. No hay sólo una denuncia...

—No, no sólo eso. Yo he visto a una de las máquinas humanas... caer destrozada, tras un cortocircuito en su sistema electrónico interior. Fue horrible, profesor. Momentos antes, hubiera calificado de loco a quien me afirmara tal cosa.

—De modo que el Estado ha decidido admitir oficialmente el caso... e investigar a fondo —habló el profesor Vaal calmosamente.

—Eso es. Pero de momento, las pesquisas son extraoficiales —sonreí—. Es una encuesta previa. El Estado no quiere correr riesgos.

—Entiendo. Es muy propio de ellos... Bien, agente, ¿en qué puedo ayudarle, entonces?

—En, mucho, profesor. No sólo buscamos al autor o autores de algo tan horrible, sino las razones que tienen para ello. Y, sobre todo, el paradero de las verdaderas mujeres suplantadas, estén vivas o muertas.

—Si no fuera un policía quien me expusiera el caso, yo pensaría que un hecho semejante sólo el propio Estado podría hacerlo —suspiró el profesor con frialdad—. Pero su presencia aquí me desorienta y desarma. Debemos aceptar que hay un complot ajeno, encaminado a... ¿a qué, agente? ¿A alterar la vida doméstica de nuestros hogares?

Su ironía era evidente. Pero yo no estaba para alardes de humorismo. Repliqué, seco:

—O para ir suplantando, paulatinamente, a una gran parte de la población humana... por robots, profesor.

—Ya —chascó la lengua, con desprecio. Sus ojos llamearon—. La vieja historia de siempre: la Ciencia es el peligro, el gran enemigo de la sociedad. Algún científico loco, ha planeado crear un pueblo de muñecos, de robots, para gobernarlos desde su computadora. Es el tema favorito de muchos autores, desde hace siglos enteros, agente Lyman. Y es tan falso como todos esos postulados que se esforzaron por culpar a la Ciencia de todo lo malo que ocurre en el mundo, desde Mary Shelley y su venerable "Frankenstein", hasta nuestros días.

—Comprendo que le irrite la cuestión, profesor. Pero yo no pensaba en científicos locos o mesiánicos, profesor Vaal —le calmé—. Pensaba también en... en invasores.

—Invasores... —soltó una carcajada áspera—. ¿De otro planeta?

—Posiblemente —acepté—. Es una teoría más.

—Y tan disparatada como la otra. Créame, agente Lyman: no sólo no puedo ayudarle, sino que difícilmente veo explicación a tales hechos. Pero como técnico en Cibernética me fascina, y desearía examinar uno de esos cuerpos. Si no le importa que regrese con usted a la ciudad, pediré al Gobierno el estudio de esas muñecas y...

—Más tarde, profesor —le detuve, alarmado por el giro que tomaba la situación—. Ahora no quieren mostrar esos cuerpos a nadie, ni siquiera a usted. Tampoco regreso inmediatamente a la ciudad. Además de visitar su centro de estudios e investigaciones aquí, tengo otras varias diligencias que cumplir. De todos modos, en breve le llamaré desde la ciudad, para rogarle que vaya a reunirse con

nosotros, apenas me autoricen oficialmente a mostrarle uno o varios de esos cuerpos mecánicos.

—No olvide hacerlo, amigo mío. Será fascinante para mí, puede creerme. Y tal vez yo, por algún medio, pudiera localizarles el control central, la forma en que la computadora actúa a distancia sobre sus células electrónicas.

—Estoy seguro de que puede sernos muy valioso, profesor —asentí—. Por eso recurrimos a usted, aunque esperaba más información por su parte.

—El caso me ha sorprendido tanto como pudo sorprenderles a ustedes. Personalmente, sólo le añadiré que podría ser el sospechoso ideal de una de sus teorías: la del científico demencial que ha planeado una sociedad de autómatas —sonrió ampliamente, para añadir, sacudiendo la cabeza—. Sólo que ese hombre no soy yo. Y, de haber existido alguno... ya está muerto.

—¿Muerto? —pestañeé, mirándole muy fijo.

—Sí. "Muerta", debería decir mejor.

—¿Una mujer? —me estremecí.

—Una mujer. La doctora Nyala Olaf.

—¡Nyala Olaf! —recordé vivamente—. Investigaba la vida humana, relacionándola con las máquinas... Biología y Cibernética unidas...

—Exactamente. Tenía extrañas ideas, delirantes proyectos... Pero ella murió.

—¿Murió, realmente?

—Cielos, claro —rió de buena gana—. ¿Qué esperaba? Tenía que morir, agente Lyman, por una razón muy sencilla. Su muerte tuvo lugar hace cuarenta años. Por entonces, ella tenía ya la friolera de setenta y ocho años. En suma: ahora tendría ciento dieciocho años. ¿Cómo esperaba usted que no hubiese muerto?

—Es cierto —suspiré—. Olvidaba que sólo he sabido de ella por los libros y las películas científicas, profesor... Gracias, de todos modos. Si no queda nadie más en el mundo, capaz de tal prodigio, habrá que empezar a buscar en otros planetas...

—Se lo aconsejo, agente Lyman —rió, burlón—. Puede registrar

todo mi laboratorio, todas mis instalaciones y pabellones, sin siquiera una orden judicial, y verá que no poseo computadoras capaces de controlar a distancia a unos falsos seres humanos. Tampoco creo que en la vieja propiedad ruinosa de la doctora Olaf, olvidaba incluso por su descendencia, exista nada capaz de orientarle hoy en día. De modo que... sí. Hágame caso: empiecen a considerar seriamente en el Gobierno la posibilidad de una invasión extraterrestre. Es ridículo, pero... solamente unos seres que no pertenezcan a este mundo, pueden haber llegado tan lejos en su Ciencia.

CAPITULO II

"Sólo unos seres que no pertenezcan a este mundo"...

La teoría del viejo profesor Vaal, danzó en mi mente muchas veces durante las siguientes horas. Quizá tenía razón. El enorme volumen que requiere un cerebro humano para ser substituido sólo en parte por una máquina, hacía imposible imaginarse un "cerebro" central, capaz de asimilar y reproducir las ideas, pensamientos, recuerdos y sentimientos de una serie de mentes humanas diversas. Por tanto, mis ojos escudriñaron esa noche el cielo estrellado, surcado por aeronaves y por estaciones espaciales, preguntándome si, de más allá del planeta Tierra, no habrían llegado entes superiores, capaces de imitar la vida con simples muñecos.

Empezaba a desfallecer. Mis esperanzas se diluían como azúcar en el agua. El profesor me había quitado mis escasos ánimos, y estaba seguro de que la batalla estaba perdida de antemano. Ni siquiera tenía con quién luchar. Posiblemente media humanidad era ya mecánica, pero yo no podía demostrarlo. Ni impedirlo siquiera.

Me dejé caer en un asiento de un parque público de la pequeña ciudad adonde había ido en busca del profesor Vaal y, al mismo tiempo, huyendo de la gran urbe donde Cole era buscado, y donde la presencia de un falso agente Lyman podía ser sumamente peligrosa.

Un agente local pasó, saludándome respetuosamente. Le respondí el saludo, distraído. Empezaba a importarme poco incluso la libertad o la vida. Estaba dándome cuenta de que sin Ada a mi lado todo tenía ya escaso sentido. Quizá fuese preferible entrar en uno de aquellos centros del Estado, y ser sometido a la cura de amnesia, olvidar, convertirse en una especie de robot humano, con la mente programada por un régimen deshumanizado, que quizá en aquellos hechos últimos iba a tener el justo castigo a su olvido de todo principio de humanidad.

De repente, sucedió.

Aún hoy día, no sé cómo, pero noté que funcionaba. Incrédulo, lo miré, despegándolo de mis ropas. Creo que tardé unos segundos en reaccionar, mientras vencía mi estupor ante lo inesperado.

El emisor-receptor portátil estaba funcionando.

La luz roja parpadeaba. La máquina emitía vibraciones suaves. Alguien estaba llamándome desde alguna parte.

Y este aparato sólo tenía uno gemelo que pudiera hacer coincidir su frecuencia y longitud de onda con el mío: el de Ada…

* * *

Dominando mi nerviosismo, pulsé el resorte. Clavé mis ojos en la pequeña pantalla, que dio una claridad verdosa, llena de confusas rayas, como interferencias. Por el auricular, brotó un zumbido, unos raros *bip-bip- bip-bip* agudos y metálicos…

Pero la llamada persistía.

—¡Sí, sí! —murmuré—. Aquí Cole… Aquí Cole…

Inverosímilmente, del auricular brotó una voz apagada, difusa:

—Co…cole…, ca…cari…cariño… Soy… soy yo…

—¡ADA! —aullé. Y mis cabellos casi se erizaron.

Fijé mis ojos desorbitados en la pantallita. Borrosamente, pero con cierta precisión inconfundible, un rostro se dibujaba allí, dificultosamente, entre interferencias y fallos de emisión.

¡El rostro de Ada!

Estaba temblando todo mi cuerpo. El sudor empapaba mi rostro. La mano que sujetaba el plano emisor-receptor, bailoteaba como la de un borracho. Mi voz me sonó irreconocible:

—Ada, mi vida… Ada, no puede ser… ¿Dónde…, dónde estás? ¿Qué ocurre? ¿Desde dónde me llamas?

—*El… El Gothak*… —susurró ella.

—¿Qué? —no había entendido nada.

—Cole… El… *El Gothak*… —insistió con un hilo de voz—. No puedo… hablar más… Sería horrible… si… supieran… Cole, mi vida… Ven… Sácame de… de…

—¡Ada! —chillé, frenético, al notar que su voz se apagaba por momentos—. ¡Ada, mi vida, no me dejes ahora! ¡Ada, dime más, algo más! ¿Dónde estás? ¿Adonde debo ir?

—Cole... *El Gothak*... El... —definitivamente, su voz se perdió entre zumbidos y vibraciones. Luego, creí captar un grito agudo, borrándose en el sonido del receptor, al tiempo que la confusa imagen de su rostro se distorsionaba, para terminar con un ondulante juego de líneas... y la total oscuridad en la pantalla.

Caí en el asiento del parque, anonadado. Cuantos esfuerzos hice por reanudar la comunicación, fueron estériles. Mis dedos manipularon en vano durante minutos y minutos. No hubo ya contacto, ni respuesta alguna. Ni siquiera indicio de que el receptor de Ada recibiera señal alguna.

—Dios mío... —sollocé—. Dios mío, era ella... Ella...

—¿Le ocurre algo? ¿Puedo ayudarle, señor?

Sobresaltado, me volví, poniéndome en pie. Miré, sudoroso, pálido, al policía que se había aproximado a mí sin yo advertirlo siquiera. Por un momento, olvidé mi uniforme, y estuve a punto de echar a correr. Pero me dominé, traté de serenarme, y acabé enjugándome el sudor, al tiempo que guardaba el plano receptor, disimuladamente, a mi espalda.

—No, agente, nada —traté de calmarle—. Nada en absoluto. Estoy de servicio, y últimamente no me he encontrado demasiado bien. Creo que tendré que volver a la ciudad y pedir la baja mañana mismo, por una temporada. No se puede trabajar con exceso, colega.

—Cierto, señor —asintió, respetuoso, el policía local—. De todos modos, si algo precisa, yo puedo...

—No, gracias —rechacé—. No se moleste. Creo que estoy ya bien...

Me despedí de él y comencé a andar. Algo daba vueltas y Sueltas en mi mente. Un nombre raro, incoherente para mí: *El Gothak.*

¿Qué era *El Gothak*?

Ada lo había pronunciado repetidamente en su increíble comunicación. Y sólo había un modo de averiguarlo...

* * *

Durante la noche, el Archivo Ciudadano permanecía cerrado al público. Pero el funcionario de servicio, al ver mi uniforme y mi identificación, se apresuró a abrirme, servicial y respetuoso.

Le di las gracias, encaminándome a la sala de información, ahora totalmente a oscuras. Di una luz sobre una de las mesas con pantalla proyectora, y pulsé las teclas de una especie de tablado con toda clase de cifras y letras. Como si mecanografiase, pulsé una a una cada letra: E-L G-O-T-H-A-K.

Luego, marqué en la tecla rotulada: "INFORME DE ARCHIVO". Esperé, mientras zumbaba una máquina selectora. La pantalla ante mí se iluminó.

Finalmente, apareció proyectada una tarjeta impresa: "INFORMES ARCHIVADOS SOBRE «EL GOTHAK»."

Y siguió un texto ilustrado con grabados y fotografías. Lo seguí, fascinado:

"EL GOTHAK:

"Nombre propio. No se sabe mucho sobre ello. Los datos computados en nuestros archivos, señalan que se trataba de una máquina experimental de Cibernética, creada por el más importante científico de su época en la materia. Para tener en cuenta que es un producto electrónico que- se creó en los finales del Siglo XX, ya apuntaba una gran perfección. Se la denominó también «el primer ingenio electrónico que piensa... y siente». Pero nunca se supo seguro si esto último no era sino una simple imagen retórica, y no una realidad científica. "Fue autora de este invento, posteriormente olvidado o desaparecido, la doctora en Biocibernética, Nyala Olaf. Pero no tuvo descendencia alguna, y su obra y bienes se olvidaron con su muerte, acaecida a principios del este siglo XXI."

Eso fue todo. La pantalla se apagó, y el mecanismo informador dejó de emitir su zumbido. Pero para mí era suficiente.

Al menos suficiente para iniciar una búsqueda. Para seguir una pista...

CAPITULO III

La pista terminaba allí, por el momento.

El Gothak y la doctora Nyala Olaf, genio de la Biocibernética incipiente del siglo XX. Y aquel lugar...

Lo contemplé, pensativo. No era para animar a nadie, ciertamente.

Muros derruidos. Ruinas. Hiedra, hierbas silvestres, plantas salvajes y soledad. Abandono de años. Cuarenta años, en realidad. Recordé las palabras del profesor Vaal:

—Si la doctora Nyala hubiera vivido ahora, tendría ciento dieciocho años. Hace cuarenta que murió.

Cuarenta años de olvido y de soledad en su propiedad. Una vieja granja convertida en centro experimental, en aquel solitario y tranquilo paraje, bastante alejado de la población.

Posiblemente la pista era errónea. Equivocada mi interpretación de las palabras de Ada en el emisor-receptor. Allí no había nada. No podía haber nada.

Si Ada estaba relacionada en algún modo con *El Gothak*, el viejo y olvidado cerebro electrónico de la doctora Olaf, no era precisamente con aquella granja en ruinas. Allí no había nada vivo. Sólo lagartijas, moviéndose entre las piedras y hierbajos, posiblemente.

Me senté en un muro medio derruido, reflexionando sobre mis ideas e impresiones. Había estado seguro de encontrar algo más que ruinas, pero a fin de cuentas, ¿qué otra cosa puede hallarse en un lugar despoblado durante cuarenta años? La doctora, al morir sin descendencia, había dejado tras de sí un recinto que nadie reclamó para nada en esos años. Estaba lo bastante alejado de autopistas, carreteras, vías férreas, monorraíles y cuantos medios de transporte se utilizaran, como para no atraer especialmente a nadie.

Era un buen sitio para no ser encontrado, cuando menos. Allí, difícilmente darían conmigo los hombres del Sistema. Puede que hubiera dado con un refugio ideal para mí.

"Un refugio ideal".

Me puse en pie de un salto. Creo que la idea me había asaltado con la vivacidad de un chispazo de luz dentro de mi mente.

Si para mí era un refugio idóneo... podía serlo también "para otros".

Eso significaba algo. Y la excitación al imaginar que pudiese estar en lo cierto, me hizo estremecer con una emoción nueva e indescriptible.

Luego, entré en acción, dispuesto a todo.

* * *

No había luz. Ni señal de vida. Sólo polvo, suciedad, olvido.

Todo el pabellón aparecía igual. Jirones de cortinajes, ventanas polvorientas. No podía sorprenderme. Después, de todo, si un intruso pasa por una casa abandonada y entra en ella, ¿qué otra cosa puede hallar, sino lo que mis ojos estaban viendo ahora mismo?

Seguí adelante. Había lugares que un intruso, una persona de paso, por curiosa que sea, no visita: los sótanos, por ejemplo. Una bodega, un lugar situado bajo la casa abandonada...

Recorrí todo el edificio ruinoso. No descubrí señal alguna de acceso a los sótanos o bodegas. Completamente absurdo. Alrededor de la casa, todo eran viejos jardines en descuido total, un anexo con garaje y un almacén. Si la doctora Olaf experimentó allí con aparatos electrónicos, hubo de tener un taller, un laboratorio...

Y si ello no estaba a la vista, tenía que estar "oculto". Tan oculto, que no era fácil dar con ello. Pero estaba allí, hubiera podido jurarlo.

A estas alturas, no iba a andarme con miramientos. Si había alguien allí, daba por descontado que sabían de mi presencia en los alrededores. De modo que recurrí al arma convencional que obtuviera del policía Lyman, allá en la ciudad.

Y la utilicé.

Sencillamente, elegí el suelo, justo en la más amplia sala de la casa. Apunté hacia él con la pistola de cargas energéticas del agente 1.034 de la policía del Estado.

Disparé.

Con un estallido potente y ensordecedor, se quebró el suelo, disolviéndose y cediendo en un amplio espacio, allí donde el proyectil energético había provocado la reacción desintegrante.

El boquete enorme, desgarró todo el pavimento en un círculo de casi media yarda de diámetro, ante mis pies.

Por ella se proyectó la luz azul, lívida, hasta iluminar la estancia e iluminarme a mí mismo. Una luz que ahora, quizá por efecto del disparo, osciló y tembló, a punto de extinguirse. Sólo que no se extinguió.

Abajo, en ese sótano, era visible la existencia de un corredor. Capté pisadas en alguna parte, al fondo del subterráneo. Y el zumbido sordo de algo que podía ser un sistema de alarma.

Había encontrado el escondrijo. Debajo de la vieja granja abandonada, había un laboratorio subterráneo. Posiblemente el centro de operaciones de los creadores de muñecas mecánicas...

Apunté de nuevo, dispuesto a seguir disparando, para intimidar a mis ocultos enemigos.

—Yo que usted no lo haría, Cole. Puede herir de muerte a su esposa... o bien obligar a nuestra gente a matarla.

Levanté la cabeza, sobresaltado. La voz venía de algún punto en aquella misma sala.

Pero no vi a nadie.

* * *

—Creo que entiendo —dije—. Circuito cerrado de televisión. Luz infrarroja, invisible al ojo humano. Me están vigilando, siguiendo por una pantalla.

—Exacto, Cole. Es usted muy listo. Lo ha probado, al llegar tan lejos.

La voz fantasma surgía de algún altavoz en los muros. Miré abajo. A la luz, al subterráneo. Lo había conseguido. Había encontrado a Ada. Y parece que aún vivía...

—Soy el agente Lyman —dije—. ¿Qué les hace suponer que me llamo Cole?

—A mí no puede engañarme —dijo la fría voz metálica, que no logré identificar.

—Es posible que no. ¿Qué debo hacer ahora?

—Dejar su arma. Y entregarse.

—No lo haré. Me matarían.

—Aquí no matamos a nadie… si no es absolutamente preciso. Pero su esposa morirá si usted no obedece. Si ha venido hasta aquí por ella, no creo que desee perderla ahora, por su propia culpa.

—Eran ciertas mis sospechas…

—Parece ser que sí, Cole. ¿Qué decide? ¿Luchar, sacrificando a Ada, o… rendirse?

—Rendirme —suspiré, tirando el arma a mis pies—. Que sea lo que Dios quiera.

—Eso está mejor —la voz sonó satisfecha—. De todos modos, no hubiera ganado nada luchando. Aquí, no podía vencer, Cole.

Al decir esto la voz, de alguna parte en la amplia sala oscura, surgió un sonido sibilante. Intenté detectarlo, averiguar lo que era… Antes de que pudiera hacer un solo movimiento, caí de bruces contra el suelo. Y no supe más.

CAPITULO IV

—Ada… Oona… ¡Yade!… —las miré a las tres con asombro infinito.

Luego, caí en brazos de Ada. Sollozaba ella, jadeaba yo, pronunciando palabras incoherentes. Oona rompió a llorar, emocionada. Yade se limitó a presenciar la escena sin conmoverse.

A espaldas de ellas, mientras abrazaba a Ada, pude ver hasta casi un centenar de mujeres, encerradas en diversas cámaras o jaulas de cristal. Era como un enorme zoo humano, hecho sólo de mujeres y mujeres.

Cosa curiosa: todas ellas hermosas. Todas ellas jóvenes. Todas ellas bien formadas físicamente. Altas o medianas de estatura, rubias, pelirrojas, morenas… Exuberantes o esbeltas, pero siempre atractivas. Era un harén increíble.

—Dios mío… —murmuré—. De modo que esto es Hamelín.

—¿Hamelín? —preguntó Ada con sorpresa, mirándome muy de cerca.

—Bueno, el lugar adonde fueron desde Hamelín los niños que siguieron al flautista. Sólo que esta vez… eran mujeres. Y mujeres muy hermosas todas… Ada, por el amor de Dios, ¿qué está sucediendo aquí? ¿Quién os controla? ¿Dónde está *El Gothak*, la máquina prodigiosa? ¿Quién maneja la situación y se ha apoderado de la propiedad y de los inventos de la doctora Olaf?

—Sabemos tan poco… —suspiró Ada.

—Apenas nada —musitó Oona cansadamente—. Estamos aquí desde hace muchos días. Cautivas, sometidas a vigilancia muy estrecha. Se nos ha dicho que no suframos. Que nuestros esposos nos sabían sanas y salvas… Cole, ¿qué sucede afuera? ¿Y mi esposo? ¿Por qué vistes de policía?

Las miré. Mi despertar, entre ellas, dentro de aquella urna de vidrio donde estaban aisladas de las demás ellas tres, había sido el más grato y dulce del mundo. La sola presencia de Ada, sana y salva, aunque pálida y abatida, compensaba de todos los sinsabores. E incluso de mi derrota y captura, por parte de sus raptores, que para mí eran aún totalmente desconocidos.

—Tendré que contaros todo, detalladamente —murmuré—. Y aunque no me creáis… pensad que eso es lo cierto. Nemrod y yo lo hemos vivido juntos…

—Pero él… ¿él está bien? —murmuró Oona, con un hilo de voz.

—Por el momento, sí —traté de contemporizar. Miré a Yade—. ¿Y tú, amiga mía? ¿No me preguntas nada?

—No —negó mi joven compañera de trabajo, serenamente—. Prefiero escuchar tu historia. ¿Qué ha sucedido, exactamente?

Se lo referí con la mayor celeridad posible. Me miraron, con el asombro reflejado en sus rostros. Era como si no entendieran nada. Evidentemente, no me hubieran creído, de no darse cuenta de que algo siniestro y terrible sucedía a su alrededor.

—Pero… pero todo esto… ¿por qué? —jadeó Ada tristemente—. ¿Es un plan del Gobierno?

—No. Estoy seguro de que no —rechacé—. Si la doctora Olaf viviera o hubiese tenido hijos tan locos como ella, te podría decir que es obra suya, exclusivamente. Pero esa mujer falleció hace cuarenta años. Alguien se ha aprovechado de sus inventos, es todo. Y los ha perfeccionado hasta límites increíbles… Lo que no me explico es qué puede buscar con esa suplantación, a menos que quiera poblar el mundo de robots…

—Puede haber algo más que eso, Cole —dijo Yade con su voz calmosa.

Miré a la hermosa muchacha morena, de ambarinos ojos. Me sorprendía su serenidad, su fría firmeza de esos momentos.

—¿Supones algo? —le pregunté.

—No lo supongo —sonrió—. *Lo sé*.

—¿Lo sabes? —parpadeé—. ¿Qué es lo que sabes, Yade, por el amor de Dios?

—Todo, Cole.

—¿*Todo*? —me estremecí—. Yade, ¿cómo pudiste averiguarlo?

—Ella no está con nosotras en estas jaulas —señaló Oona—. Deben tenerla en otro lugar, sola, y ha visto o bien ha oído algo, ¿no es cierto?

—Ciertamente, estoy en otro lugar donde todo se sabe —suspiró mi bella amiga, a la que Ada no podía por menos de mirar con cierto recelo femenino mal dominado—. Sé, por ejemplo, que la idea de la doctora Nyala Olaf, era la de demostrar al mundo que un muñeco electrónico puede llegar a sustituir al ser humano, sin que se note siquiera la diferencia, si se le controla a distancia debidamente, por medio de un gran cerebro electrónico perfeccionado, como podía serlo su viejo *El Gothak*, a la luz de los nuevos recursos de la Cibernética.

—Pues casi lo ha demostrado —suspiré—. Pero con un fallo: alteran los circuitos electrónicos en torno.

—Se subsanará ese fallo, sin duda —afirmó Yade—. Por otro lado, la idea de la doctora era mucho más ambiciosa, Cole: quería conseguir la vida y la juventud eternas... a través de sucesivos trasplantes de nuevas células, hormonas y tejidos humanos, procedentes de OTRAS MUJERES, jóvenes y hermosas, con plena salud, a las que fuese reuniendo para tal fin.

—¡Yade! —me horroricé—. ¿Eso es lo que planeaba la doctora Nyala Olaf?

—Sí, Cole —sonrió—. Es cierto que tenía ya setenta y ocho años hace cuatro décadas, pero nadie la vio nunca tal como realmente era. Sólo vieron a una anciana verdadera, contratada por la doctora para ocupar su puesto... y morir oficialmente. Mientras tanto, ella continuaba adelante con sus proyectos. Seguía siendo una mujer joven, hermosa, dotada de vida casi eterna... y de juventud infinita, gracias a sus descubrimientos biológicos... Y así sigue siendo.

—¿Incluso hoy en día? —dudé, sacudiendo la cabeza con horror —. No, no, Yade. Sin duda has oído mal. Eso no es posible. La Ciencia no puede llegar tan lejos...

—La Ciencia llega adonde desea realmente el ser humano, Cole — me replicó ella fríamente—. ¿O no es cierto que YO, LA DOCTORA NYALA OLAF, NO SIGO SIENDO HERMOSA Y LLENA DE JUVENTUD A PESAR DE MIS CIENTO DIECIOCHO AÑOS?

CAPITULO V

—Yade... Bromeas... —murmuré roncamente, con el rostro bañado en sudor.

—No, Cole. No bromeo —rechazó ella secamente—. Soy yo. Entiéndelo. Siempre he sido yo la doctora Olaf. La personalidad de Yade es ficticia... Y si puse un muñeco en mi lugar, fue para no despertar sospechas en quienes llegaran a saber algo de mis proyectos... como ha sido tu caso, querido. Ahora comprenderás por qué, pese a tu uniforme, te reconocí al entrar en el edificio, y te llamé por tu nombre, a través de mi alterador de voz...

—Yade, tú... —me estremecí—. Espantoso...

—No, Cole. Maravilloso —rió—. Puedes elegir ahora: o ver perecer a tu amada esposa, cuando necesite sus tejidos y sus células... o quedarte a mi lado, renunciar a ella, y tener una esposa eternamente joven. Incluso es, posible que tú mismo... llegues a serlo también, si tengo éxito con los caballeros...

—¡Yade, eres un monstruo! —aullé—. ¡No vas a hacer eso! ¡No te lo permitiré!

Traté de saltar sobre ella. No se movió, pero en el acto sentí un formidable trallazo, que recorrió todo mi cuerpo y me arrojó al suelo, completamente inutilizado. Una descarga eléctrica me había reducido a la impotencia, aturdiendo mi cerebro y entorpeciendo mi cuerpo.

—Cuidado —avisó Ada, con voz rota—. Ella no necesita sirvientes ni personal —musitó—. Creo que debe estar sola aquí... Nunca vi a nadie. Hay robots que nos sirven... Máquinas en movimiento, ¿comprendes? Sólo eso. Cuando pude comunicar contigo, secretamente, por el emisor-receptor... sentí también ese trallazo eléctrico, que me redujo a la impotencia... Una máquina en movimiento me despojó del aparato...

Sollozando, me abrazó, poniéndose de rodillas a mi lado. Oona miraba con odio a Yade. La hermosa criatura de monstruosa mente y edad increíble, se echó a reír con malignidad.

—Os dejaré aquí —dijo—. Luego, haré salir a Cole, que irá destinado a otra cámara. Ya veré lo que decido. Evidentemente, has rechazado mi oferta, pero puede que cambies de opinión. Ada, creo

que mi actual juventud, obra de otros injertos, va agotándose rápidamente. Te necesitaré muy pronto, estoy segura...

Y su maligna risa nos estremeció a todos, cuando ante nuestros propios ojos, accionó los muros de vidrio, y desapareció por uno de ellos, que volvió a cerrarse, dejándonos encerrados allí a los tres.

—Dios mío, Cole... Ha sido hermoso reunimos... aunque sea para morir —habló Ada—. Pero debes aceptar su oferta. Salva tu vida, cuando menos...

—Ada, no lo haría ni aunque ella tuviera realmente la edad que representa. Comprende que no deseo ser un monstruo ni convivir con uno. Te quiero a ti, Ada. Y a ti debo salvarte. Y a Oona, y a las demás...

—Es imposible, Cole —se quejó Oona—. Ella lo controla todo. Su poderosa máquina, sus ingenios electrónicos, su poder científico...

No dije nada. Sabía que éramos vigilados muy de cerca, seguidos por ojos electrónicos de sonido, de imagen...

En el bolsillo de mi uniforme, ya no había nada. Ni un solo objeto agresivo o peligroso para ella. Sin embargo, tal como imaginaba, mi cuerpo no le había inspirado sospechas.

Y en él, sin embargo, estaba lo único que podía vencer al poder maligno de Yade... o de la doctora Nyala Olaf.

Algo que el profesor Vaal me había entregado, cuando le visité por segunda vez, antes de ir a la granja abandonada de la doctora.

Al entregármelo, se había limitado a decir el viejo científico:

—Sí, como sospecho, el poder de sus enemigos es puramente electrónico... utilice esto en un momento dado. Será como aniquilar de golpe todo su poderío, y desarmarlos totalmente. Estoy seguro de ello...

Ahora había llegado el momento de probarlo.

* * *

Fue cuando apareció el robot que había de separarnos a Ada y Oona y a mí...

Una máquina rodante, un auténtico mecanismo en marcha, sin

nada humano en su aspecto.

Llevaba extremidades articuladas, de metal, y se detuvo ante la urna de vidrio, comenzando a alzar la tapa de material transparente, para proceder a llevarme consigo. Ada, con un sollozo, me abrazó desesperadamente, en lo que imaginaba nuestra despedida final.

La oprimí contra mí con un brazo. El otro, disimuladamente, condujo mi mano hasta los cabellos. Pareció que los mesaba con exasperación...

De entre mi cabello, emergieron los dedos, oprimiendo algo diminuto, casi invisible...

Y, rápidamente, cuando el robot venía hacia mí, lo lancé sobre él con fuerza.

Era como un dardo. Se clavó en su metal, por adherencia magnética. Hubo un chillido de inteligencia en alguna parte. Por altavoces invisibles brotó la voz de Yade, exasperada:

—¡No, Cole! ¿Qué pretendes...?

Luego, el caos.

Estalló entre chisporroteos el robot. Por doquier brotaron chispazos, llamaradas, estallidos... Un temblor, una sorda vibración rugió en alguna parte, y de una cámara cercana, nos llegó el estallido formidable de algo que hizo surgir llamas por una puerta...

Yade, con los cabellos llameantes, el vestido metálico chamuscado y humeante, con el rostro crispado y lívido, apareció ante nosotros, entre las llamas.

—Cole... —jadeó—. Cole, has destrozado mi obra maestra... e incluso mis electrodos injertados, que equilibraban mis células y tejidos renovados... Es... es horrible...

Era horrible. Porque ante nuestros ojos, la hermosa y seductora Yade se convertía en la anciana, rugosa, indescriptible doctora Nyala Olaf, con más de ciento dieciocho años de edad...

Y así murió, como una pavesa, ante nuestros horrorizados ojos.

* * *

El desintegrador de ondas electrónicas del profesor Vaal, había

resultado. Era la obra maestra de su ingenio, y probó su eficacia sobradamente.

Estábamos en libertad. Al volver a la urbe, nos esperaban gratas noticias.

Un golpe de Estado había derribado la tiranía. Nemrod recobró su libertad. Y las muñecas mecánicas que aún existían, yacían por las calles, chisporroteando tras destruirse su contacto con el supercerebro electrónico.

Era un buen final para todos nosotros. Pero Ada y yo, aún recordamos muchas veces aquellos días de horror y pesadilla. Y preferimos creer que hemos despertado.

F I N

(1) Personajes de **Alicia en el País de las Maravillas**, de Lewis Carroll, símbolo del absurdo intencionado, como casi todos sus héroes increíbles.

(1) Obra de Ray Bradbury, en la que se aborda el problema de la quema de libros, la prohibición de la lectura y la abolición de la Cultura por un sistema político.

(1) Aproximadamente, treinta grados centígrados.

(1) Unos treinta y cinco grados centígrados.